



Fosos en los sistemas defensivos del Levante ibérico (siglos VIII-II a.C.)

Se analiza la presencia de fosos y su papel en los sistemas defensivos del Levante peninsular a lo largo del primer milenio a.C. Se parte de los ejemplos más antiguos, documentados en contextos fenicios de la desembocadura del río Segura, para continuar con los fosos de época ibérica, desde los más simples, sencillas barreras de escaso valor táctico, hasta los más complejos, entre los que destaca La Picola, para el que se ha propuesto un influjo griego, y diversos yacimientos del interior de las tierras valencianas, como El Molón o El Castellar de Meca, en los que el foso forma parte de un sistema basado en la defensa activa, con antemurales y poternas. Por otra parte, los trabajos de prospección llevados a cabo en la provincia de Castellón, permiten incorporar otros casos conocidos.

Palabras clave: Levante, fosos, antemurales, defensas avanzadas, poliorcética.

On va analyser la présence de fossés et de leur rôle dans les systèmes de défense de la péninsule Ibérique pendant le premier millénaire avant J.-C. On commence avec les premiers exemples documentés dans des contextes phéniciens de l'embouchure du Segura, après on suit avec les fossés de l'époque Ibérique, où on peut trouver quelques exemples très simples, des barrières à faible valeur tactique, et d'autres plus complexes, c'est le cas de La Picola, pour laquelle on a proposé une influence grecque, et, en plus, de plusieurs gisements situés à l'intérieur de la province de Valence, comme El Molón ou El Castellar de Meca, où le fossé est partie d'un système basé sur la défense active, avec avant-murs et poternes. Enfin, les travaux de prospection effectués dans la province de Castellón permettent d'intégrer d'autres cas connus.

Mots clés: Levant ibérique, fossés, avant-murs, défenses avancées, poliorcétique.

Introducción

El estudio de los fosos,¹ como ocurre con otras obras avanzadas, sigue siendo uno de los temas peor conocidos de los sistemas defensivos ibéricos en las

tierras del Levante peninsular, a diferencia de las murallas, las torres, o los accesos y sus defensas, que han contado con aportaciones relevantes en los últimos años (Oliver, coord., 2006; Bonet y Vives-Ferrándiz 2009; Grau y Segura 2010; *vid.*, igualmente, Berrocal 2004). Uno de los principales problemas que presenta su análisis en general, y en la zona levantina en particular,² es su dificultad de identificación, ya

1. Este trabajo se ha realizado dentro del marco del proyecto HAR2010-20479 del Ministerio de Ciencia e Innovación "Bronce Final - Edad del Hierro en el Levante y el Sureste de la península Ibérica: Cambio cultural y procesos de etnogénesis". Queremos manifestar nuestro agradecimiento a los Dres. Lorenzo Abad, Alfredo González Prats, Pilar Iborra, Consuleo Mata, Jesús Moratalla, Arturo Oliver, Fernando Prados, Feliciano Sala, Mariano Torres, Rafael Ramos y José Uroz, así como a Juan José Castellanos, Enrique Díez Cusí, David López, Antoni Manyanós, José Manuel Martínez y Ana Valero, por su amabilidad al proporcionarnos información sobre algunos de los yacimientos o territorios incluidos en este trabajo, así como a Tomás Pedraz e Ignacio Segura por su colaboración en la elaboración de la documentación gráfica de los yacimientos inéditos que presentamos.

2. Conviene matizar desde el principio el término 'levantino' referido a las tierras peninsulares. El diccionario de RAE lo define, en su tercera acepción, como el "Nombre genérico de las comarcas mediterráneas de España, y especialmente las correspondientes a los antiguos reinos de Valencia y Murcia". No es ese el sentido con el que aparece en el trabajo esencial sobre las fortificaciones ibéricas de P. Moret (1996: carte 9), donde es utilizado para referirse al territorio ibérico entre el Ebro y el Júcar, englobando hacia el interior la zona del Bajo Aragón. Por nuestra parte, su uso nos parece útil para referirnos a las

que en muchos casos pueden aparecer total o parcialmente colmatados, siendo en ocasiones interpretados como simples canteras. No hay que olvidar, por otra parte, la preferencia por la investigación del interior de los asentamientos, en detrimento de las posibles defensas exteriores, en muchos casos conocidas a partir exclusivamente de la inspección visual del terreno o del uso de la fotografía aérea (*vid. infra*). Los trabajos de prospección han permitido identificar un buen número de fosos, aunque en muchos casos no pasamos de reconocer su existencia a partir de vaguadas o depresiones localizadas por delante de las murallas o los torreones, confirmando la estrecha relación entre la presencia de fosos y la topografía del lugar, como confirman los poblados de barrera en los que constituyan un elemento fundamental de su defensa. No obstante, por lo común falta su estudio detallado, hasta el punto de carecer en la mayoría de los casos de cualquier documentación gráfica, no contando a veces con los datos esenciales que permitan caracterizarlos, como su forma, perfil y dimensiones o su interrelación con el resto de los elementos que integran el sistema defensivo. Las largas secuencias que presentan muchos de los poblados donde se han identificado fosos dificultan sobremanera su datación. Dado que se trata de estructuras objeto de periódicas limpiezas, su excavación no proporciona elementos susceptibles de fechar su construcción —sí en cambio el momento de su abandono— (Lawrence 1979: 279), por lo que resulta imprescindible para tal fin la excavación estratigráfica de los diversos elementos defensivos que lo acompañan, pues los fosos, como defensas avanzadas que son, deben analizarse integrados con murallas, torres y antemurales.

Antecedentes

Hace ahora veinte años H. Bonet y C. Mata (1991: 24), en su estudio presentado al Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica (Manresa, 1990) sobre las fortificaciones del Ibérico Pleno, daban un estado de la cuestión sobre el tema en la zona central valenciana. La escasa información sobre la presencia de fosos en las tierras centrales del Levante peninsular se resumía señalando que el Castillo de Bercolón (fig. 9, C,1) era “el único ejemplo que se conoce en el País Valenciano si descartamos el ‘camino hondo’ de Castellar de Meca que (...) podría hacer las veces de foso y el del cerro de San Cristóbal de las mismas características. Torre Seca y la Torrecilla de Losilla aprovechan hendiduras naturales de la roca como foso”. Para las autoras la preferencia en el estudio del interior de los asentamientos habría originado el desconocimiento de los sistemas defensivos extramuros. En esta misma reunión,

tierras valencianas, por más que el territorio alicantino al sur del Vinalopó se encuadre genéricamente en el Sureste peninsular (al igual que la Región de Murcia). Las tierras del Bajo Aragón y el Bajo Ebro no han sido incluidas en el trabajo, pues parece más adecuado vincularlas con el ámbito del Noreste, aunque asumiendo las relaciones de estos territorios con la zona de Castellón, tomando en cualquier caso la desembocadura del Ebro como límite septentrional. Las tierras albacetenses y conquenses forman parte del sureste meseteño, por lo que únicamente nos referiremos a ellas de forma tangencial.

F. Gusi, M. A. Díaz y A. Oliver (1991: 90) proporcionaban un panorama radicalmente diferente al analizar los sistemas defensivos en las comarcas de Castellón, con cerca de una veintena de fosos, proponiendo su clasificación en tres tipos: el tallado en la roca de sección en ‘U’; el excavado parcialmente en la roca de sección en ‘V’ o con una concavidad más o menos acusada, con una variante para los casos en los que se hubiera remodelado una vaguada natural; y el foso natural abierto complementado con el labrado de la pared rocosa, sobre la que se alza la torre. Además, se señalaba la existencia de pequeños fosos en el interior del recinto, asociados a las torres auxiliares o dentro de la torre principal. La cronología propuesta para las fortificaciones del Levante septentrional estudiadas abarcaba un amplio abanico cronológico, entre finales del siglo VI y el II a.C., sin mayor precisión.

Un trabajo de referencia sobre el tema es la monografía de P. Moret (1996) sobre *Les Fortifications Ibériques*, donde se aborda el estudio de los fosos al analizar las defensas avanzadas. El autor destaca la poca información para el ámbito ibérico, aunque considere que probablemente muchas fortificaciones de estos territorios carecerían de ellos (Moret 1996: 125-129). La explicación de esta significativa ausencia estaría en los propios emplazamientos de los asentamientos ibéricos, que en muchas ocasiones los harían inútiles —por ejemplo en los casos de rupturas de pendiente al pie del recinto amurallado—, pero también en argumentos litológicos. Para Moret, el foso debe entenderse como una defensa de apoyo adaptada a ciertos tipos de emplazamientos, resultando claramente excepcionales en cualquier caso los recintos rodeados de este característico elemento defensivo en todo su perímetro. Así, de los 45 casos recogidos para todo el ámbito ibérico donde se documentan fosos de forma segura, o al menos su existencia ha sido sugerida, cerca de la mitad, una veintena, se localizan en promontorios situados al final de un macizo montañoso, donde constituyen un excelente obstáculo, otros 15 lo hacen en asentamientos situados en espigones, siendo una práctica corriente la de situar el foso delante de la muralla rectilínea, mientras que unos pocos casos, solo 5, se relacionan con yacimientos de llanura (Moret 1996: 125 y 127). La principal carencia que presenta su estudio estaría para el autor en la escasa información aportada, pues raramente se describe su forma, longitud y profundidad, que no suele superar los 3 m, limitándose a veces a señalar que han sido abiertos en el sustrato rocoso, lo que en última instancia se relacionaba con el hecho de que tan solo unos pocos fosos hubieran sido objeto por entonces de excavaciones estratigráficas, que en el área que analizamos se reducían al de La Picola (Santa Pola, Alicante). Resulta significativa la escueta lista aportada para el ámbito valenciano, que incluye, junto a La Picola, noticias de otros en las provincias de Castellón (Castillo de Torrejón), Valencia (Castillo de Bercolón) y Alicante (Cabezo del Estaño, Cabezo Lucero y, de forma hipotética, La Alcudia)³ (fig. 1, A).

3. De Murcia se incluye el poblado de Los Molinicos (Moratalla), considerando que la depresión natural que separa el hábitat de la meseta haría las veces de foso, aunque no se

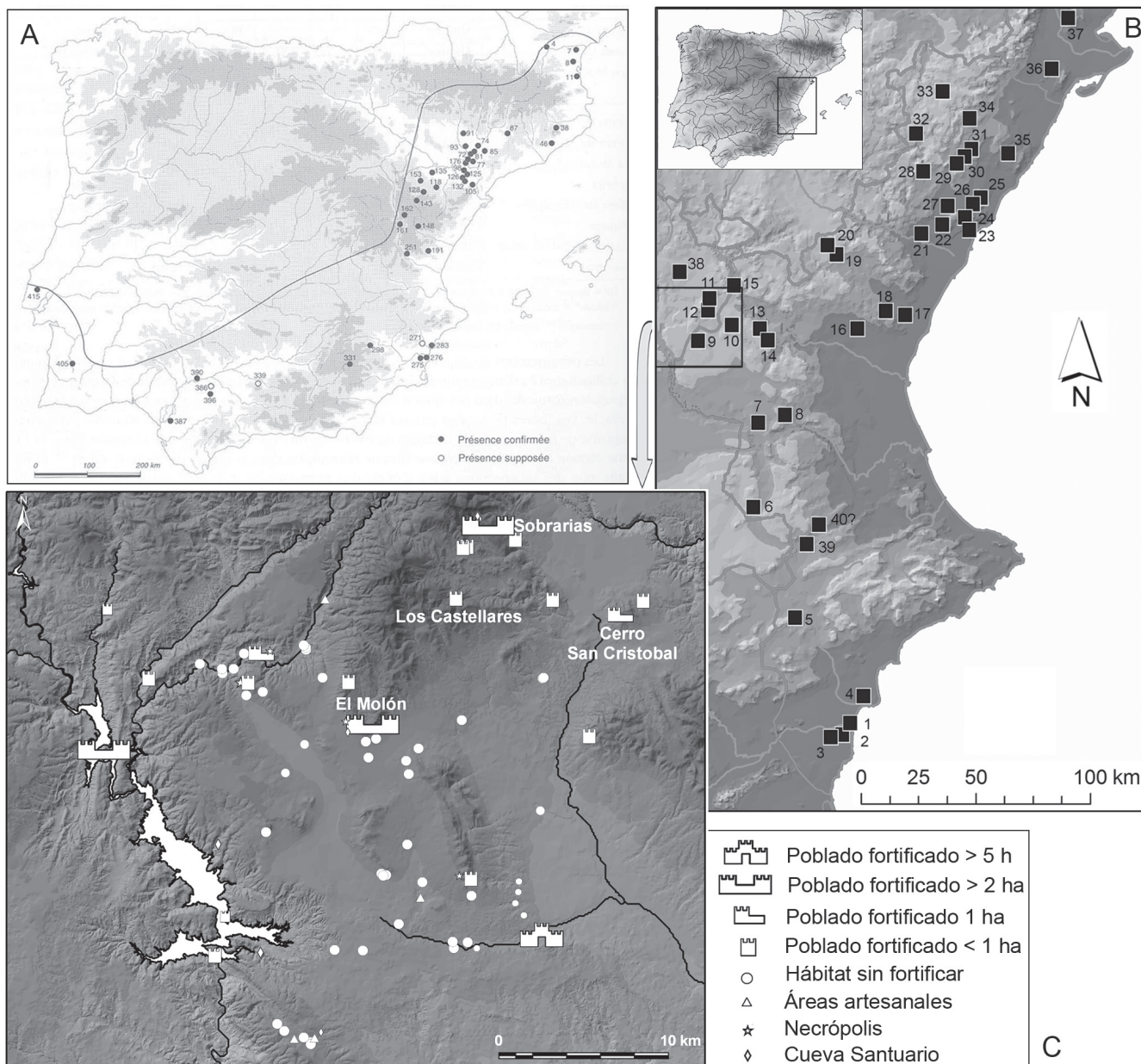


Fig. 1. A, mapa de distribución de los fosos ibéricos en la Península Ibérica, según Moret (1996). B, fosos prerromanos en el Levante peninsular: 1, La Fonteta (Guardamar); 2, Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar); 3, Cabezo Lucero (Guardamar); 4, La Picola (Santa Pola); 5, El Puntal (Salinas); 6, El Castellar de Meca (Ayora); 7, Los Yegueros (Cofrentes); 8, El Pico de los Ajos (Yátova); 9, El Molón (Camporrobles); 10, El Cerro San Cristóbal (Sinarcas); 11, La Plaza de Sobrarias (Aliaguilla); 12, Los Castellares (Aliaguilla); 13, El Punto del Agua (Benagéber); 14, La Atalaya (Chelva); 15, Castillo de Bercolón (Tuéjar); 16, El Puntal dels Llops (Olocau); 17, Sant Josep (la Vall d'Uixó); 18, La Rocha Carla (Soneja); 19, El Castillo de Torrejón (Pina de Montalgrao); 20, El Limbo (Barracas); 21, El Torrelló del Boverot (Almassora); 22, Fortunyo (Borriol); 23, Mas del Pi (Benicàssim); 24, La Costa (Cabanes); 25, El Campello (Cabanes); 26, El Gaidó/El Tossal del Gaidó (Cabanes); 27, Els Estrets-Racó de Rata (Vilafamés); 28, Mas d'en Salvador (Vistabella); 29, Els Castellars (Serra d'en Galceran); 30, Les Voltes (Albocàsser); 31, El Castellar/El Cormull del Moros (Albocàsser); 32, Serra Brusca (Vilafranca); 33, Mas d'en Sabater (Morella); 34, La Cantera (Catí); 35, Mas del Senyor (Santa Magdalena de Polpis); 36, Les Ventalles (Ulldecona); 37, Tortosa; 38, El Toril (Fuentelespino de Moya); 39, La Cervera (La Font de la Figuera); 40, El Castellaret de Dalt (Moixent) (1-5, provincia de Alicante; 6-10, 13-16 y 39-40, provincia de Valencia; 11-12 y 38, provincia de Cuenca; 17-35, provincia de Castellón; 36-37, provincia de Tarragona). C, Paisaje fortificado en la comarca valenciana de Requena-Utiel y la Baja Serranía Conquense, con indicación de los poblados provistos de foso, según Lorrio *et al.*, 2009.

Con posterioridad, se han publicado algunos yacimientos con referencias expresas a fosos. Se trata de El Puntal de Salinas (Hernández y Sala 1996:

mencione obra alguna de acondicionamiento (Moret 1996: 501). Sobre las fortificaciones en la región murciana, *vid.* García Cano (2008), sin referencias a la presencia de fosos en la zona.

39 s.), el ya citado de La Picola (Moret 2000) y La Fonteta (Guardamar) (González Prats 2007: 79-80, fig. 3; González Prats 2011: 79, fig. 48), en la provincia de Alicante, mientras que en la de Valencia hay que citar el caso de El Pico de los Ajos (Yátova), cuyo estudio se completa con una interesante reflexión sobre el papel del foso en la poliorcética antigua,

analizando su uso en el mundo indígena peninsular en general y en el ámbito valenciano en particular (Diés y Gimeno 1995), y El Molón (Camporrobles) (Lorrio *et al.* 1999: 311, figs. 1,C, 2,B y 3,B; Lorrio 2001: 158, fig. 3; 2007a: 224; Lorrio *et al.* 2009: 22-25; Lorrio *et al.* 2011). Asimismo, se ha señalado su presencia en El Castellar de Meca (Ayora) (Lorrio *et al.* 1999: 311; Lorrio 2001: 161), así como en otros yacimientos de las comarcas valencianas de Requena-Utiel y los Serranos o de las conquenses vecinas, pertenecientes a la Baja Serranía, identificados en trabajos de prospección (Lorrio 2001: 161; Mata *et al.* 2001: 325-326; Lorrio 2007a: 232). En otros casos, como El Castellaret de Dalt (Mogente) (Pérez y Borreda 1998: 146 s.), la posibilidad de adscribir el foso a la ocupación prerromana resulta cuando menos problemática, dada su ubicación topográfica y la presencia de importantes restos medievales en la zona (Cháfer y Martínez 2000).⁴ Por lo que se refiere a la provincia de Castellón, son pocas las noticias sobre nuevos yacimientos provistos de foso, pudiendo citar el caso de La Costa (Cabanés) (Allepuz 2001: 112) y, quizás, El Torrelló del Boverot (Almassora), donde solo contamos con una escueta referencia sobre su posible existencia (Clauell 2002: 11), que vienen a sumarse a algunos de los ya incluidos en el trabajo de Gusi, Díaz y Oliver (1991), de los que se ha publicado más información con posterioridad (Allepuz 2001: 112-113). El resultado final es que contamos en la actualidad con unos 40 fosos en las tierras del Levante, con una densa presencia en la zona de Castellón, en las comarcas interiores valencianas y en las tierras conquenses colindantes, así como en las tierras del sur alicantino, faltando en cambio en las comarcas litorales de Valencia y en las provincias de Albacete y Murcia (fig. 1, B-C).

Fosos en contextos coloniales del Levante meridional y el Sureste (siglos VIII-VII a.C.)

La presencia de fosos en yacimientos fenicios peninsulares está suficientemente documentada pudiendo citar los casos del Castillo de Doña Blanca (Cádiz), con un gran foso triple de sección en 'V' de 4 m de profundidad y 20 m de largo, asociado a la muralla de finales del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 105, 108, fig. 33; Ruiz Mata 2001: 264-265, figs. 2.3, lám. 6), o Toscanos (Málaga), con un gran foso en 'V' tallado en la roca de finales del siglo VIII a.C. (Niemayer 1985: 116). En las tierras del Levante tan solo contamos con dos casos en los que se ha señalado la presencia de foso en contextos fenicios: el Cabezo Pequeño del Estaño y La Fonteta (Guardamar del Segura), en el sur de la provincia de Alicante.

Los datos más antiguos corresponden al Cabezo Pequeño del Estaño, establecimiento situado sobre una pequeña elevación junto a la margen derecha del río Segura, que se ha interpretado en relación

con el control territorial ejercido desde La Fonteta y cuya fecha, finales del siglo VIII a.C., coincide con la propuesta para los niveles fundacionales de la colonia fenicia, o Fonteta I (González Prats y García Menárguez 2000: 1531). Las diversas publicaciones sobre el conjunto, provisto de una muralla de casamatas, no hacen referencia a la existencia de foso artificial alguno (García Menárguez 1994; González Prats y García Menárguez 2000: 1529-1531; González Prats 2001: 178; *vid.*, igualmente, Prados y Blánquez 2007: 62-63),⁵ aunque Moret (1996: 485) menciona un foso poco profundo tallado en la roca aprovechando un estrangulamiento natural, que quedaría separado del paramento sur por un glacis de 45° de inclinación y algo más de un metro de largo.

La Fonteta, por su parte, ha aportado un interesante sistema defensivo integrado por muralla de doble paramento unida mediante tirantes, y un cuerpo en talud adosado tanto al exterior como al interior —similar al identificado en el Cabezo Pequeño del Estaño—, torre trapezoidal, antemural y foso (González Prats 2007: 77-80; González Prats 2011: 21 s., 42 ss., 74 ss.). El foso se ha localizado únicamente en el flanco meridional (fig. 2, 1), a 6 m del paramento defensivo. Discurre paralelo a la muralla y presenta la característica sección en 'V', con una anchura de 1,85 m y una profundidad de 1 m (fig. 2, 2) (González Prats 2007: 79-80, fig. 3; González Prats 2011: 79, fig. 48). Cortaba los niveles de la fase arcaica de La Fonteta, cuyo sistema defensivo se desconoce, por lo que se relaciona con las obras militares de la fase IV del asentamiento, que González Prats (2011: 14) fecha hacia el 635-625 a.C. La escasa entidad de la obra ha planteado dudas sobre su funcionalidad defensiva, llegando a sugerir Moret (2007: 140) que pudiera tratarse de un simple canal de drenaje, lo que podría explicar su ausencia en el flanco este, llamando la atención igualmente sobre la falta de correspondencia entre las defensas avanzadas de los lados este —antemural— y sur —foso—.⁶ La presencia de fosos en yacimientos fenicios y orientalizantes peninsulares está bien documentada (*vid. supra*), pudiendo añadir a los ejemplos citados, los casos de Abul, Cancho Roano o La Mata, donde resulta característica la presencia de fosos perimetrales en 'V', aunque con profundidades algo mayores que las de Fonteta IV, pues alcanzan entre 3 y 5 m, estando en ocasiones llenos de agua (Almagro-Gorbea y Torres 2007: 44-45, 47, fig. 10),⁷

5. González Prats y García Menárguez (2000: 1530) señalan que el cauce fluvial habría actuado posiblemente como foso natural en sus vertientes norte y noreste.

6. Conviene tener en cuenta la reducida extensión de la zona excavada en el flanco sur, al tiempo que en el este las excavaciones de González Prats (2007: fig. 3; 2011: fig. 32) apenas sobrepasaron la línea del antemural. Por su parte, los trabajos del equipo franco-español que excavó inmediatamente al norte de aquel no llegaron a superar los 3 m a partir de la muralla (Moret 2007: 140), todo lo cual dificulta sobremanera la interpretación del conjunto.

7. Un foso en 'U' de dimensiones no mucho mayores —3 m de ancho × 1,60 de profundidad— es el documentado en Los Castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga), un asentamiento indígena con presencia de material fenicio, cuyas fortificaciones se han datado entre el Bronce Final y el Primer Hierro —ca. último cuarto del siglo IX-siglo VIII a.C.— (Marzoli *et al.* 2009: 126, Abb. 4, Taf. 5b y 6a).

4. A estos hallazgos debe añadirse la identificación de un imponente foso tallado en la roca en La Cervera (La Font de la Figuera, Valencia), actualmente en estudio por parte de la empresa Estrats, Treballs d'Arqueologia, S.L.

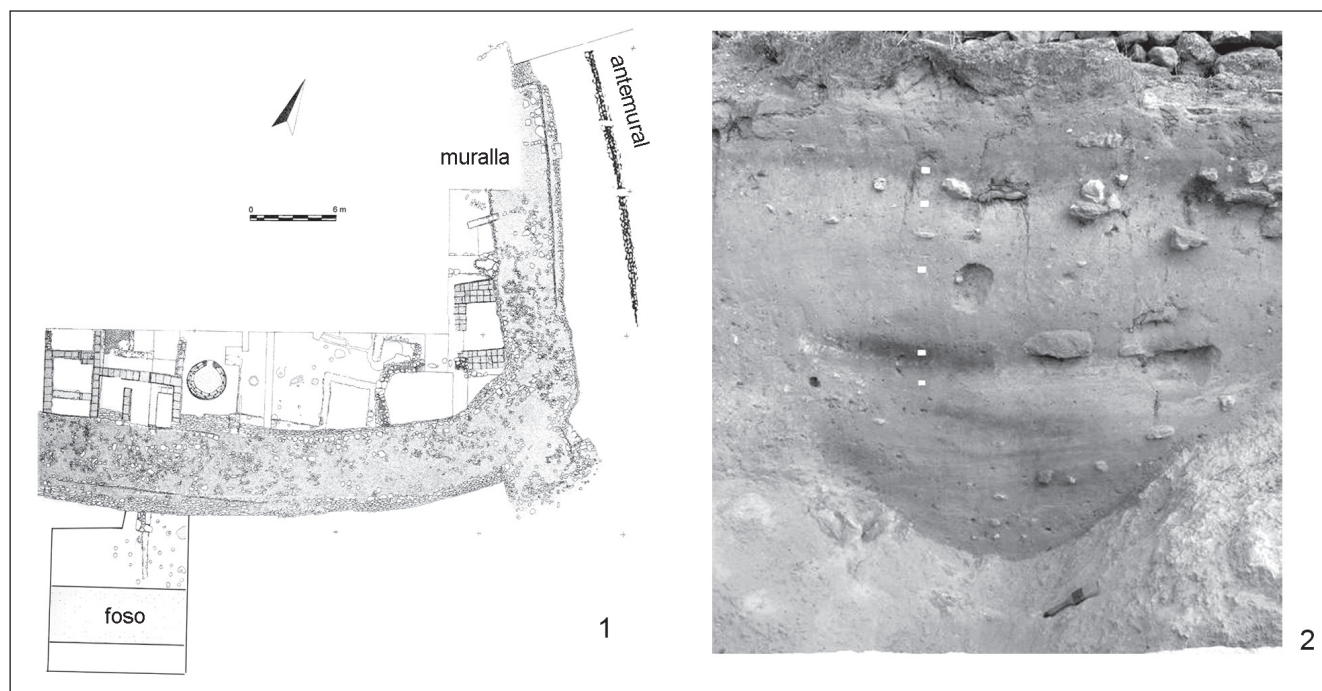


Fig. 2. La Fonteta: 1, planta de la zona oriental de La Fonteta, con la localización del foso (sur) y el antemural (este); 2, detalle del foso de Fonteta IV (1, según González Prats 2007; 2, según González Prats 2011).

lo que pudo haber sido el caso probablemente del asentamiento alicantino.

No parece que el modelo poliorcético identificado en estos asentamientos influyera de forma efectiva en las comunidades indígenas próximas, como demuestra la ausencia de fortificaciones en asentamientos de similar cronología como Los Saladares o Peña Negra, o en el caso de documentarse, como en Caramoro II, yacimiento fechado hacia los siglos IX-VIII a.C., se trata de una muralla cuya técnica constructiva en nada coincide con lo visto y sí en cambio con las registradas en otras obras militares o civiles del Bronce Final del Sureste (González Prats y Ruiz Segura 1992; *vid. García et al.* 2010: 62, para quienes el asentamiento debería fecharse entre los siglos XI y IX a.C.).

Fosos en poblados ibéricos de las comarcas centrales y meridionales del Levante (siglos V-II a.C.)

Durante el Ibérico Antiguo (550-siglo V a.C.) no es mucha la información sobre la presencia de fosos en los sistemas defensivos de la zona central y meridional del Levante.⁸ Su presencia está documentada en Cabezo Lucero (Guardamar del Segura),⁹ un asentamiento cuyo origen se remonta a esta etapa, *ca.* 500-490 a.C. si nos atenemos a la cronología de la necrópolis

8. A este respecto resulta significativa la ausencia de este elemento defensivo en un poblado tan significativo de esta etapa como El Oral (San Fulgencio), provisto de murallas y torres, pero sin foso (Sala 2006: 132-137).

9. No sería este el único caso registrado en la zona, pudiendo citar también el recientemente identificado en La Cervera, La Font de la Figuera, Valencia (agradecemos la información a David López y Ana Valero).

(Almagro-Gorbea 2009: 18 s.), aunque su final deba situarse hacia el segundo tercio del siglo IV (Aranegui *et al.* 1993: 137). Se localiza sobre un espolón que domina el río Segura y presenta una superficie en torno a 1,5 ha, situándose las defensas más destacadas hacia el sur, coincidiendo con el punto más alto del hábitat. Consisten en una torre rectangular que flanquearía posiblemente una puerta, aunque Moret (1996: 484) identificó a partir de la fotografía aérea un largo foso de dirección este-oeste excavado en la roca, localizado al sur de la muralla, aprovechando un estrangulamiento natural del espolón sobre el que se asienta el hábitat. La inspección visual del terreno nos ha permitido confirmar la existencia de una amplia vaguada posiblemente artificial de disposición paralela a la muralla y al torreón que defenderían la zona, sin poder aportar mayores precisiones, pues aparece parcialmente colmatada y cubierta de vegetación, a pesar de lo cual puede seguirse su trazado a partir del cortado que delimita el poblado hacia el oeste, a lo largo de una treintena de metros. Inmediatamente hacia el sur de la vaguada se observa con claridad el antiguo camino, del que se conservan las rodadas dejadas por el paso de los carros, que se dirige al acceso comentado, posiblemente a través del foso.

Mayor documentación ha proporcionado La Picola (Santa Pola), pequeño asentamiento costero con una superficie de 0,3 ha (fig. 3, 1), que llega a duplicarse si se incluyen las defensas, que ocuparían el perímetro completo del hábitat, fechado *ca.* 430-330 a.C. (Badie *et al.* 2000). El sistema defensivo, de unos 12-13 m de anchura, estaba integrado por muralla trapezoidal y de trazado rectilíneo, de adobe con zócalo de piedra, berma, de entre 5 y 5,5 m de anchura, ligeramente inclinada hacia el foso, antemuro, de adobes, con un grosor de 0,7 m, y foso de sección en 'U', de lados

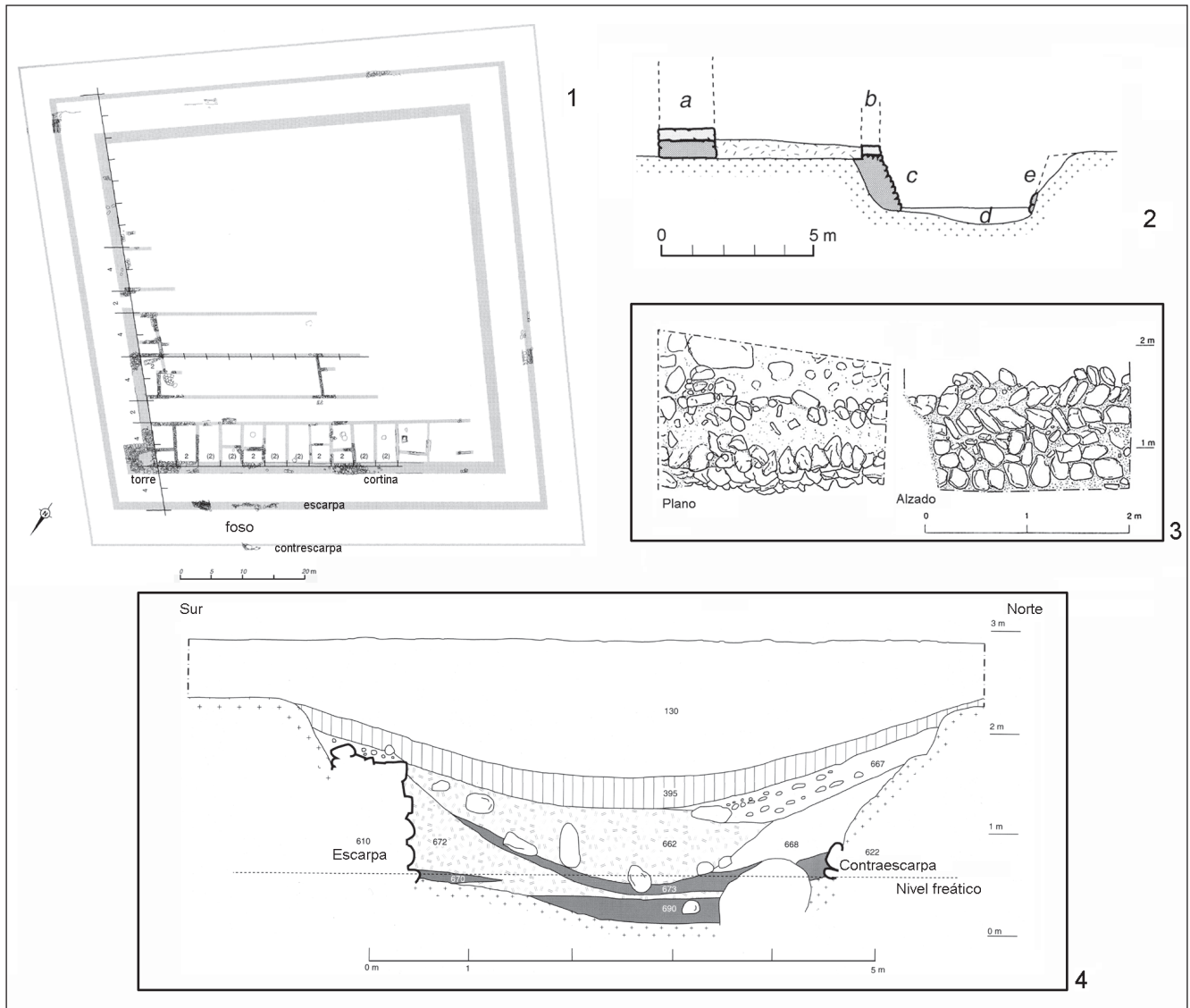


Fig. 3. La Picola: 1, planta del asentamiento; 2, sección de las defensas; 3, planta y alzado de la escarpa del foso noroeste (sondeo S1); 4, perfil estratigráfico del foso del sondeo S2 (según Moret 2000).

abiertos y fondo plano (fig. 3) (Moret 2000: 98-100, figs. 6, 7, 26, pl. 15 y 16). El foso, tallado en el sustrato, ofrece una altura de unos 2 m y una anchura que oscila entre 4-5 m en el fondo y 5-6 en su parte superior; dos paramentos de mampostería en talud formaban la escarpa, sobre la que se alzaba el antemural, y la contraescarpa (fig. 3, 2-3). Estaría parcialmente relleno de agua —al menos 24 cm—. Para sus excavadores, La Picola es una factoría marítima indígena, bajo la tutela de La Alcudia, dada su mayor entidad y la proximidad entre ambos núcleos, abierta al comercio griego, como confirma la importante presencia de cerámicas de tal procedencia y el esquema modular utilizado para su construcción, que supondría la presencia de un arquitecto griego en el diseño del lugar (Moret y Badie 1998: 60; Badie *et al.* 2000: 262). No obstante, para Quesada (2007: 78) cabría más bien pensar en “una fundación griega tolerada por los iberos de *Ilici* y ocupada por una comunidad mixta”.¹⁰ La Picola ofrece

un sistema defensivo complejo, con foso, antemural levantado sobre la escarpa del foso, berma y muralla de adobe con zócalo de piedra, con ejemplos en el mundo griego, aunque los casos aportados resultan, como reconoce el autor, todos ellos posteriores al yacimiento alicantino, fechado, como se ha indicado, hacia el último tercio del siglo V a.C., y en uso durante una centuria (Moret 1996: 214; 2000: 124-125, fig. 35).¹¹

relacionarse con el interés por parte de los grupos indígenas del interior de asegurarse una puerta al mar. No obstante, las similitudes del asentamiento de La Picola con fundaciones griegas como la colonia massaliota de Olbia, en la Liguria, resultan evidentes, por más que, como reconoce Moret (2000: 130), haya elementos que las diferencien, como el mayor tamaño y complejidad de su recinto, la utilización de un pie de 27,5 cm en lugar del de 29,6/29,7 de La Picola, o que su fundación, 330 a.C., venga a coincidir prácticamente con el abandono del yacimiento alicantino.

11. Se trata de la fortificación de Atenas promovida por Licurgo a partir del 338 a.C. (Winter 1971: 275, fig. 312; Adam 1981: 112, fig. 77), que es considerada como la evidencia más antigua en Grecia de la combinación de foso y antemural, levantado sobre la escarpa. Otro caso, más reciente, sería el

10. Para Abad (2004: 74) la impronta griega no parece justificar la posible “fundación” extranjera, que más bien podría

A partir del Ibérico Pleno contamos con mayor información sobre la presencia de fosos en las tierras centro-meridionales del Levante.¹² En la provincia de Alicante, a los ejemplos de La Picola y Cabezo Lucero cabe añadir El Puntal de Salinas, en el valle medio del Vinalopó, poblado de 0,4 ha fechado *ca.* finales del siglo V-mediados del IV a.C. (Hernández y Sala 1996: 39; Moratalla 2004: 305 ss.; Sala 2006: 139-140). Ha proporcionado un foso tallado en la roca (fig. 4, A, 1-2), localizado en el punto de unión entre la sierra de Altos de don Pedro y el espigón donde se sitúa el asentamiento, junto a la puerta principal del poblado, defendida por un potente torreón, sin que se identificaran otras obras de defensa exterior, lo que coincide con lo visto en Cabezo Lucero. Mide 8 m de anchura y presenta un desnivel de unos 5 m respecto a la base del torreón (fig. 4, A,3). El foso permitiría el acceso a los habitantes del poblado a través de un camino que discurre paralelo al lienzo norte, al pie de las torres, atraviesa el foso en dirección sur, inmediatamente por delante del torreón, y llega hasta la puerta principal (Sala 2006: 140).¹³

Por su parte, en la provincia de Valencia se conocen algunos poblados defendidos mediante fosos, para los que cabe plantear de forma general una cronología entre los siglos IV y II a.C. Su presencia se documenta en asentamientos de dispar entidad, destacando los casos de El Pico de los Ajos, El Castellar de Meca y El Molón, aunque en el entorno de este último se conozcan varios ejemplos más, confirmando que este tipo de elemento defensivo sería más habitual de lo que hasta la fecha se había señalado para este territorio.

El sistema defensivo de El Pico de los Ajos (Yátova), conocido a través de trabajos de prospección superficial, ha sido estudiado por Díez Cusí y Gimeno

(1995). Se trata de un destacado *oppidum* de unas 7-8 ha localizado en la Sierra del Martés, sobre la cima de una montaña amesetada rodeada de laderas escarpadas. El yacimiento se ha fechado en el Ibérico Pleno (siglos IV-III a.C.), aunque aparecen igualmente materiales más tardíos que remiten a los siglos II-I a.C. El poblado estaría rodeado de una muralla, concentrando las defensas más destacadas en la zona sureste, la más accesible, defendida por una torre y, por delante, a 1,5 m en su zona más estrecha, un foso en 'V' tallado en la roca (fig. 4, B), aunque lo habitual durante esta etapa sean los fosos de sección en 'U'. Presenta una anchura de 5,25/2,85 m y una profundidad que oscila entre 3,35 en su extremo noroeste, y 2,66 m en el sureste, aunque se hallaba parcialmente colmatado; su longitud es de 6,25 m, estando delimitado por sus extremos por sendos muros, de los que se observa el paramento interior, con una altura conservada de 1/1,1 m. En el lado sureste se identificaron dos muescas en el reborde rocoso de 45 × 17 × 7 cm, separadas entre sí 1,45 m, interpretadas como el asiento de una estructura de madera que permitiría atravesar el foso y, a través de un camino paralelo a la muralla, acceder al interior del poblado.

Otro caso singular es el de Los Yegueros (Cofrentes), un pequeño asentamiento localizado en las estribaciones meridionales de la Sierra del Martés, en un espolón de algo más de 0,5 ha que se alza sobre la margen izquierda del río Cabriel, próximo a su desembocadura con el Júcar. El lugar resulta inaccesible en buena parte de su perímetro, flanqueado por escarpes rocosos, que caen en abrupta pendiente, con un desnivel de más de 300 m respecto al fondo del valle. Las defensas se concentran en la zona noreste, la más desprotegida, conservándose los restos de la muralla y de un potente torreón, delante del cual se abrió un foso excavado en el sustrato rocoso (fig. 5, A). El material superficial remite de forma genérica al Ibérico Pleno, observándose fosas de expolio en la zona oeste junto al cortado. El foso presenta una longitud de unos 10 m, entre la zona del camino de acceso, un estrecho pasillo que discurre al este del torreón, y el cortado oeste, aunque sin llegar al mismo, una anchura de unos 5,50 m y una profundidad en la actualidad de más de 3 m respecto a la base del torreón, que debió ser mayor al estar parcialmente colmatado. Tiene sección en 'U' ligeramente abierta, con la escarpa vertical tallada en la roca, y una berma ligeramente ataludada de unos 2,5-3 m, mientras que la contraescarpa ofrece un ligero talud, observándose abundantes mampuestos, por lo que pudo estar construida de obra, al menos parcialmente. Su fondo sería presumiblemente plano.

Otro posible foso se localiza en El Puntal dels Llops (Olocau), un asentamiento de tan solo 650 m² fechado entre finales del siglo V y el 190-180 a.C., cuando se abandona tras su destrucción, interpretado por Bonet y Mata (2002a: 222), a partir de los ajuares domésticos recuperados, como una residencia fortificada en la que residiría un personaje local, un aristócrata ecuestre junto a sus parientes y servidores. Sus defensas estarían integradas por la muralla, una potente torre, que se alzaba en la parte más elevada,

de Ampurias, fechado ya en el siglo III a.C. (Sanmartí *et al.* 1988: 197, fig. 4). La fortificación de La Picola presenta, no obstante, algunos rasgos con ejemplos en contextos locales, como la torre con un solo flanco saliente, con antecedentes en el poblado ibérico de El Oral (Moret 2000: 125-126). A pesar de la menor entidad de las defensas de La Picola respecto a los ejemplos aducidos, como ha destacado Quesada (2007: 80) sería "bastante más elaborada y sustancial que la de muchos *oppida* ibéricos contemporáneos de gran magnitud, como por ejemplo La Bastida de Mogente o La Serreta de Alcoi".

12. La existencia de un foso natural en La Alcudia de Elche, que habría rodeado el hábitat, formado por dos brazos del cauce de un riachuelo, colmatados para su explotación agrícola en época reciente, fue señalada por R. Ramos (1975: 59 y 63, lám. VI; *vid.* Moret 1996: 482), quien realizó cuatro sondeos en la zona por donde habrían discurrido las torrenteras, que proporcionaron evidencias del lecho arenoso a una profundidad entre 1,5 y 2,5 m respecto del nivel agrícola, equivalentes a unos 6 m del nivel actual de La Alcudia. No obstante, con motivo de la construcción del moderno Museo y Centro de Interpretación, localizado al oeste del yacimiento, a extramuros, se realizaron sondeos geotécnicos y arqueológicos, sin que se identificara la presencia de restos del supuesto foso (J. Moratalla y M. Tendero, comunicación personal), por lo que su existencia debe desestimarse, al menos con los datos disponibles.

13. La función defensiva de este foso ha sido cuestionada por Moratalla (2004: 788), pudiéndose interpretar como una nivelación del terreno para facilitar el acceso al poblado, al considerar dudoso que supusiera un obstáculo en el paso, al situarse a la misma cota que la puerta, aunque asumiendo que pudiera facilitar la defensa al constituir una zona fácilmente batible desde el torreón.

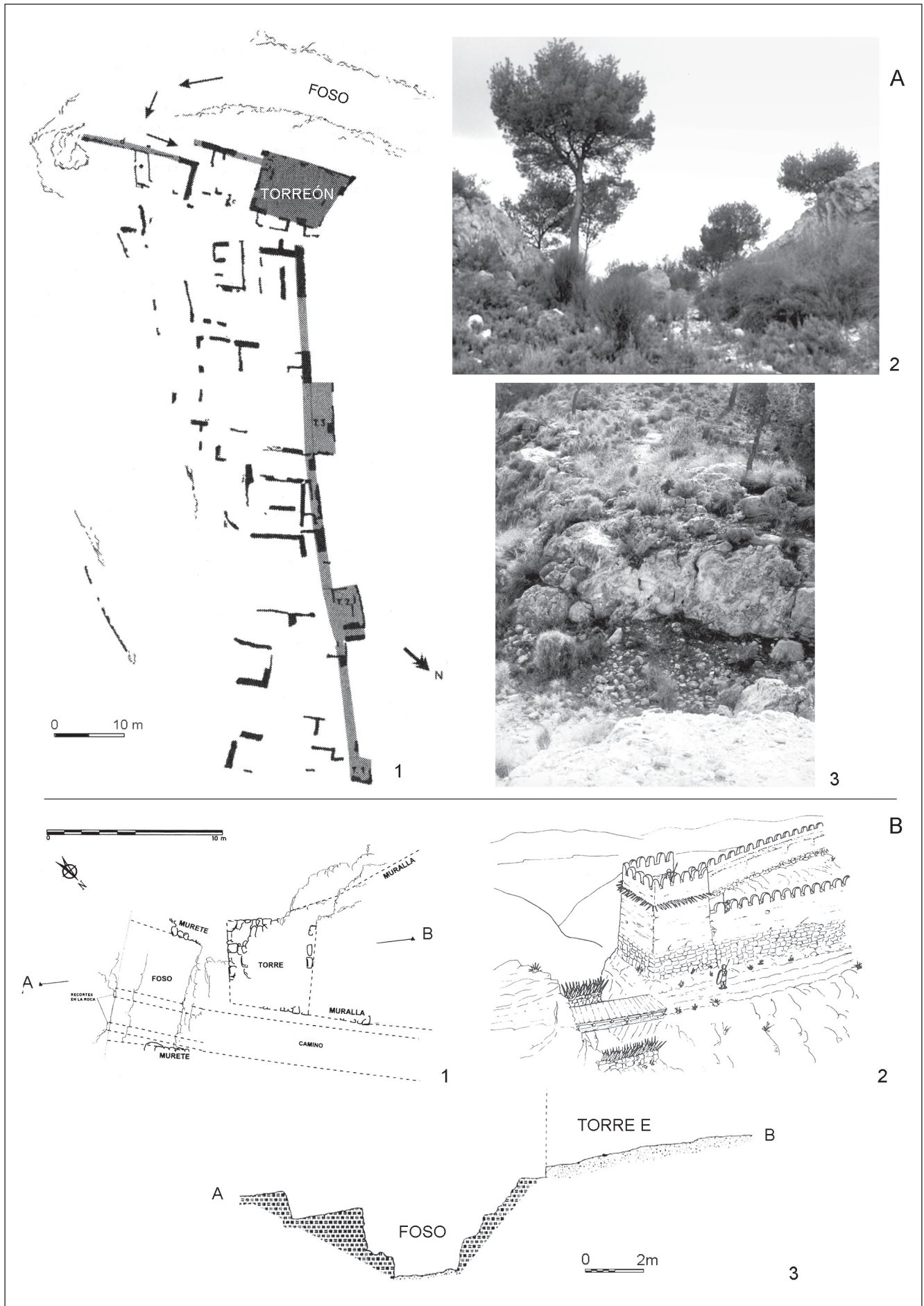


Fig. 4. A, El Puntal de Salinas: planta del poblado (1), vista del foso desde el interior (2) y detalle desde el torreón (3). B, El Pico de los Ajos: planta (1), restitución (2) y sección (3) de las defensas del lado oriental del *oppidum* (A,1, según Sala 2006; A,2-3, fotos F. Sala; B, según Díez y Gimeno 1995).

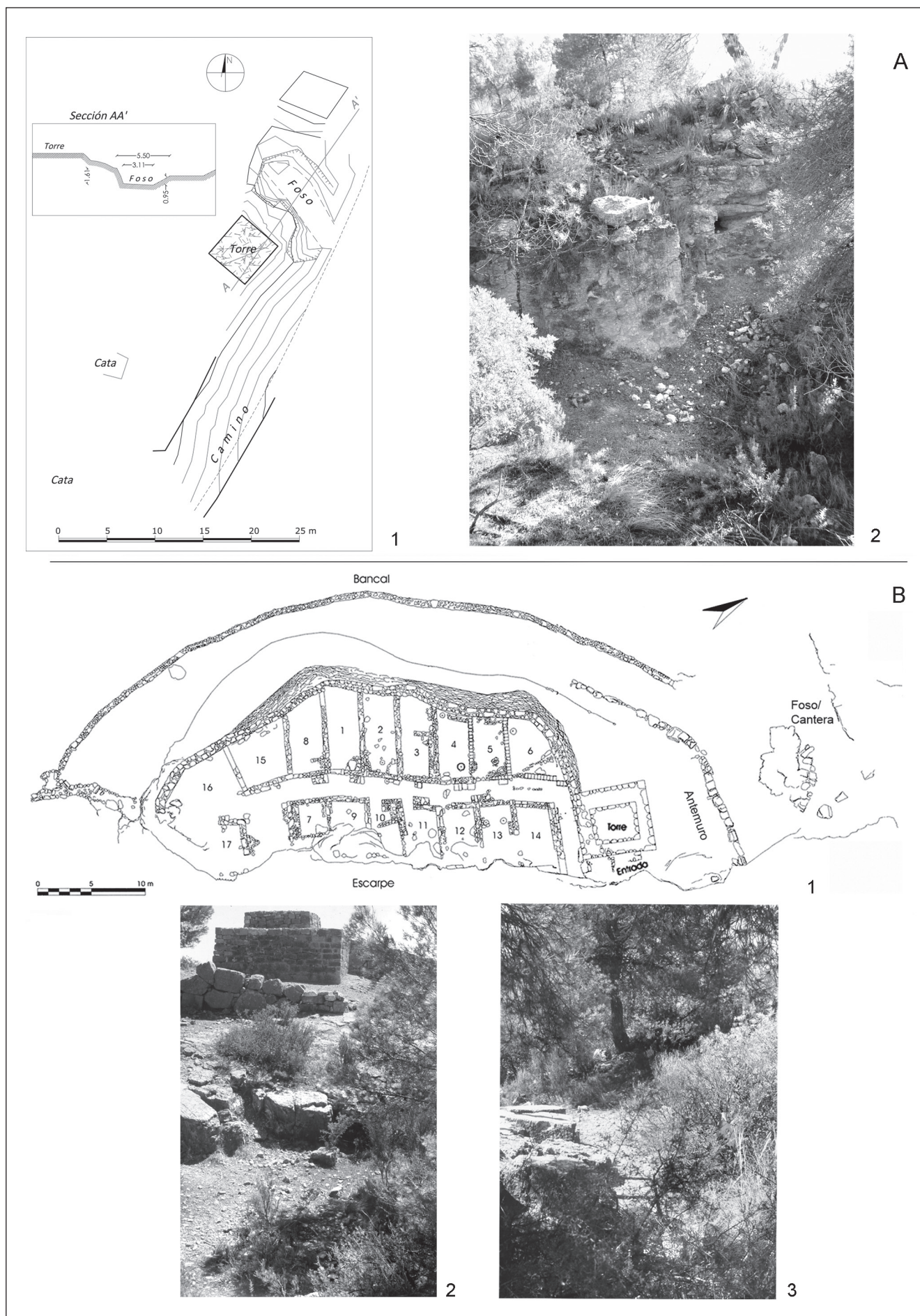


Fig. 5. A, Los Yegueros: planta y sección de las defensas (1) y vista del foso desde el noreste (2). B, El Puntal dels Llops: 1, planta de las defensas de la zona oriental, incluyendo el foso-cantera; 2, vista del foso (en primer término), el antemural y la torre; 3, vista del interior del foso (1, según Bonet y Mata 2002).

protegiendo el único acceso identificado, y a unos 6 m por delante de ella un antemural formado por bloques ciclópeos que arrancan desde el mismo escarpe que defiende el lugar por el Este (Bonet y Mata 2002a: 26-32, fig. 5). A unos 5 m del antemural se localiza una vaguada artificial interpretada como una cantera (fig. 5, B,1-2) (Bonet y Mata 2002a: 101, fig. 34) aunque, por su disposición paralela al antemural, parece tratarse más bien de un foso defensivo de unos 4 m de anchura, actualmente colmatado (fig. 5, B,3), cuyo objeto sería el de dificultar el acceso a la zona más vulnerable, donde se habrían concentrado las principales defensas del asentamiento, cuya entidad y complejidad resulta perfectamente acorde con la del grupo residente en El Puntal dels Llops, integrado como hemos señalado por un aristócrata y sus clientes.

Más difícil de interpretar, como hemos señalado, es el foso de El Castellaret (Mogente), en el valle alto del Cànyles (Pérez Ballester y Borreda 1998: 146-147). Se trata de dos ámbitos —El Castellaret de Dalt y El Castellaret de Baix— separados por un estrechamiento natural a media ladera donde se observa un cortado de 3 m de altura y otros tantos de anchura, con evidencias de haber sido retocado artificialmente, por lo que puede interpretarse como un foso defensivo, aunque no necesariamente de época ibérica, sobre todo si tenemos en cuenta la presencia en la parte alta de materiales de amplia cronología, incluyendo una destacada fortificación y un asentamiento de época altomedieval, con los que podría relacionarse el foso comentado según Cháfer y Martínez (2000: 15 y 18).¹⁴ Pérez Ballester y Borreda (1998: 147) plantean la posibilidad de que durante el Ibérico Pleno un pequeño asentamiento ocupara el Castellaret de Baix¹⁵ y utilizara la parte alta “como atalaya y pequeña fortificación defendida por foso”, aunque no parece una disposición acorde con lo que sabemos de la poliorcética ibérica, sin que con los datos disponibles podamos valorar otras opciones,

14. Las excavaciones de Cháfer y Martínez (2000) en El Castellaret de Dalt confirman la existencia de una fortificación de época almohade en la parte más alta del cerro y una villa altomedieval, de origen quizás en época califal, a una cota inferior, donde igualmente se han recogido cerámicas a mano, ibéricas y romanas (Pérez y Borreda 1998: 146; Cháfer y Martínez 2000: 38). El foso, excavado transversalmente, se habría realizado a partir de grietas naturales y de un estrangulamiento de la montaña de unos 2 m de anchura, presentando una profundidad de 1,50 m, dimensiones ligeramente diferentes a las ofrecidas por Pérez y Borreda (*vid. supra*); en sus proximidades se localiza un muro de mampostería y mortero de cal, elementos ambos que los autores consideran como parte del sistema de defensa altomedieval (Cháfer y Martínez 2000: 15 y 18).

15. La zona denominada El Castellaret de Baix es un destacado asentamiento ibérico de unas 4 ha (por tan solo 1 ha de la zona alta), observándose en superficie restos de habitaciones aunque no de muralla (*vid. Aparicio y Cisneros 2007: 23-26*, quienes proponen una superficie bastante mayor; unas 10 ha). Su relación con la necrópolis del Corral de Saus permite fechar el asentamiento a partir del siglo VI a.C., fecha defendida para algunas de las esculturas reutilizadas, como las ‘Damitas de Mogente’ (Almagro-Gorbea y Torres 2010: 388), aunque la cerámica recuperada sea en su mayoría de época tardía (ss. III-I a.C.) (Pérez y Borreda 1998: 146-147), lo que coincide con la fase II de la necrópolis (Izquierdo 2000: 331 ss.).

como la posibilidad de relacionar el foso con la fortificación de la acrópolis de la población, con ejemplos en las tierras levantinas, como veremos (*vid. infra*).

El Molón y los fosos de la Baja Serranía conquense y las comarcas de Requena-Utiel y los Serranos

El Molón es otro de los yacimientos de las tierras del interior de la provincia de Valencia que ha proporcionado un foso tallado en la roca y, junto con el de La Picola, el único de época ibérica excavado y publicado en detalle (Lorrio *et al.* 2011). Se trata de un pequeño *oppidum* con una impresionante defensa natural que se completó por una potente muralla y fortificaciones complejas en los sectores más accesibles (Lorrio *et al.* 1999; Lorrio 2001: 155-161; Lorrio 2007a). Este es el caso del istmo situado en su extremo este, el punto más vulnerable del trazado, defendido por un complejo sistema defensivo fechado en un momento avanzado del siglo IV a.C.: un gran torreón rectangular, un antemural a modo de segunda torre adosada, más adelantada y de menores dimensiones, un foso rupestre con diversos niveles y otras estructuras exteriores adosadas a las anteriores a modo de parapeto o *proteichisma* que protegía la zona por su lado norte, localizándose también un acceso secundario o poterna y un portillo, relacionados claramente con las estructuras mencionadas (fig. 6, 1 y 4). El foso, tallado en la roca, presenta paredes verticales y sección en ‘U’ con fondo plano, aunque la escarpa fue construida con mampostería parcialmente (fig. 6, 2). Está escalonado longitudinalmente, con un espacio central menos profundo que los de los extremos (fig. 6, 3). Tiene una longitud de unos 20 m de largo, una anchura que oscila entre 5,60 m, en la zona norte, y casi 10, en la sur, y una profundidad entre 1,78/2,67, en la zona central, 4,40 en la norte, y unos 5 m en la sur (Lorrio *et al.* 2011: 190 s.).

La realización de las cartas arqueológicas de los términos municipales de Mira, Aliaguilla (Cuenca), Villargordo del Cabriel, Fuenterrubles y Camporrubles (Valencia), y de trabajos de prospección y documentación en algunos poblados de los términos de Sinarcas, Benagéber y Chelva (Valencia), nos permite abordar el estudio de las fortificaciones en este extenso territorio, a caballo entre la Serranía Baja de Cuenca y el reborde nororiental de la comarca de Requena-Utiel (fig. 1, C),¹⁶ sobresaliendo el número relativamente elevado de fosos. Destaca, por un lado, la presencia en las zonas serranas de asentamientos fortificados, de tipo castreño, que parecen estructurarse preferen-

16. Las cartas arqueológicas en los términos citados se realizaron bajo nuestra dirección entre los años 2002 y 2005. Por su parte, los trabajos de prospección y documentación en los poblados del Cerro San Cristóbal (Sinarcas), Punto del Agua (Benagéber) y La Atalaya (Chelva) fueron llevados a cabo en 1996 bajo la dirección de A. Lorrio, T. Moneo y J. M. Martínez, confirmando la presencia de fosos en todos ellos. Entre los trabajos llevados a cabo en la zona destacan, igualmente, las prospecciones dirigidas por C. Mata en la comarca de Requena-Utiel y zonas próximas desde 1993, al permitir precisar la cronología y superficie de algunos de los yacimientos tratados (Mata *et al.* 2001: 325-326).

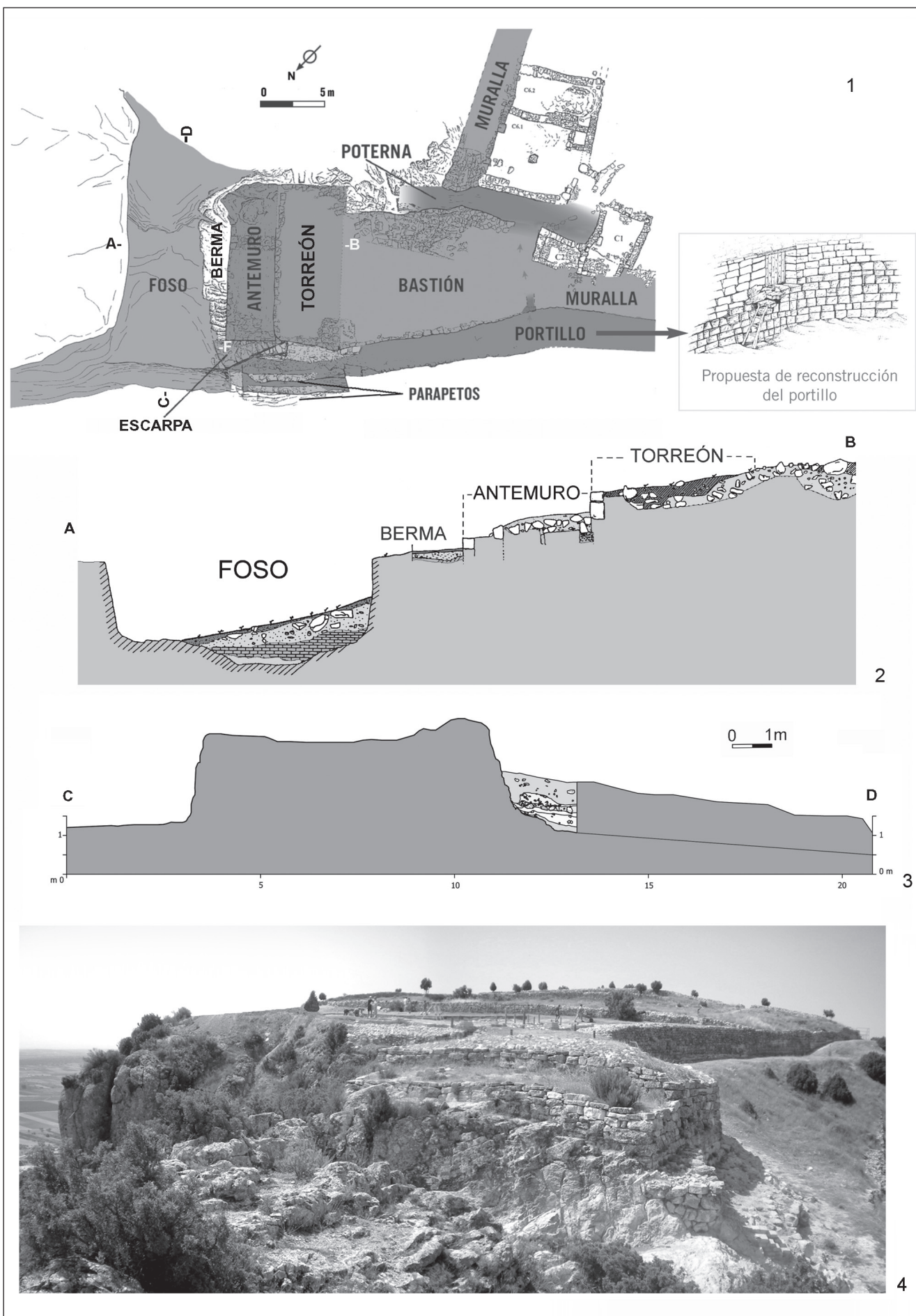


Fig. 6. El Molón: 1, Planta del sector oriental del poblado y del sistema defensivo del istmo; 2, sección E-W de las defensas; 3, Sección N-S del foso, con la zona central a mayor altura, tras la campaña de 2011; 4, vista de las defensas de la zona oriental del oppidum, con el foso en primer término.

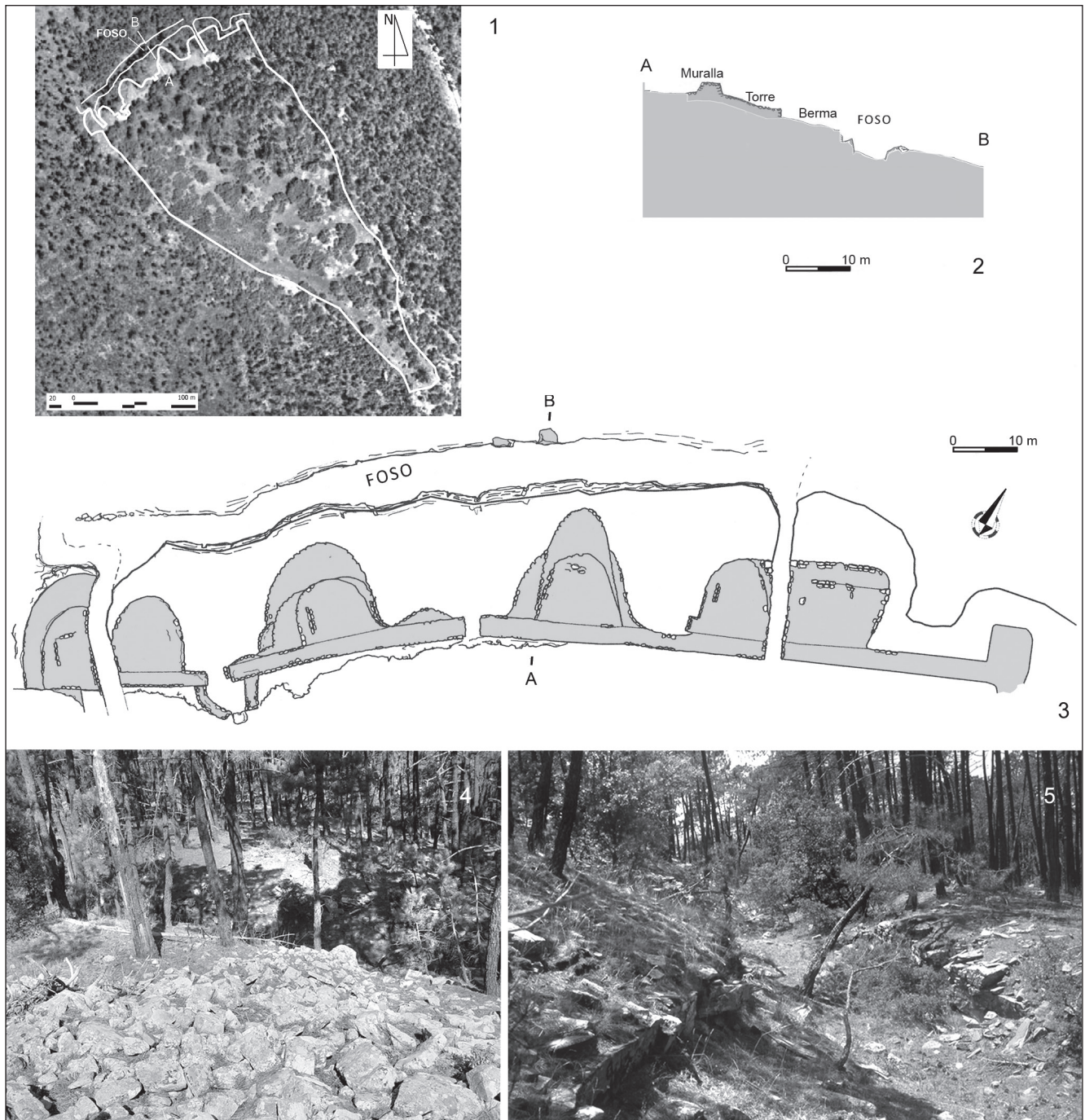


Fig. 7. La Plaza de Sobrarias: planta del poblado (1), detalle de las defensas del lado noroccidental (2) y sección de las mismas (3); 4, vista del foso desde una de las torres; 5, vista del interior del foso, desde el noreste.

temente en torno a tres núcleos de mayor entidad de disposición prácticamente equidistante, Cabeza Moya (Enguñados, Cuenca), El Molón (Camporrobles, Valencia) y La Plaza de Sobrarias (Aliaguila, Cuenca), que por sus dimensiones pueden ser interpretados como pequeños *oppida* que jerarquizarían los territorios circundantes, situándose entre los de mayor tamaño del ámbito estudiado. En El Molón y La Plaza de Sobrarias se concentran, además, las obras defensivas de mayor envergadura de este territorio, incluyendo la presencia de fosos, también documentados en otros asentamientos de la zona de menor entidad.

La Plaza de Sobrarias —o ‘Sobrarias’, topónimo con el que aparece citado el despoblado ya desde el siglo XIX— es un destacado *oppidum* dotado de po-

tentes defensas, que incluyen una imponente muralla con torres adosadas, foso y terraplén. Jerarquizaría el territorio localizado hacia el noreste de la zona donde se sitúa El Molón, con la Sierra de Aliaguila delimitando por el sur el amplio valle del mismo nombre, controlándolo mediante núcleos dependientes de menor entidad, también fortificados, entre los que destaca el de Los Castellares (*vid. infra*). Se localiza en la cima amesetada del promontorio que cierra el valle por el noreste. Presenta una superficie en torno a las 4 ha¹⁷ y planta subtriangular (fig. 7, 1).

17. Mata *et al.* (2001: 325) proponen una superficie de 2,5 ha, sensiblemente inferior a la establecida por nosotros, para este

Está rodeado por fuertes escarpes rocosos, salvo por el lado norte, de suave pendiente, lo que obligó a levantar en esa zona un potente sistema defensivo integrado por una muralla de 156 m de largo con una anchura media que ronda los 3 m, a la que se le adosan un conjunto de bastiones de disposición más o menos equidistante, que flanquean y protegen los accesos, abiertos en el paramento de la muralla (Lorrio 2007a: 232, fig. 7, D). Paralelo al lienzo defensivo se localiza el foso, separado del mismo por la berma, cuya anchura oscila entre 10 m, delante de las torres, y 20, delante de la muralla, con un fuerte desnivel de unos 5 m respecto de las torres (fig. 7, 2-3). El foso está excavado en el rodado local, percibiéndose los entalles de la extracción de bloques, utilizados para la construcción de la monumental obra defensiva. Presenta una longitud de más de 80 m, extendiéndose entre ambas puertas, aunque rebasando la septentrional, y una anchura que varía entre los 5 del lado más occidental y los casi 9 m del oriental, y una profundidad de unos 2 m, aunque se encuentra parcialmente colmatado por los potentes derrumbes de la muralla y, sobre todo, los bastiones (fig. 7, 4-5). Por delante, y con trazado paralelo al foso, se localiza un terraplén. El material recuperado en el interior del poblado es muy escaso y poco significativo. Se trata de producciones características del Ibérico Pleno, aunque hay que señalar la presencia de materiales de cronología más avanzada, como un fragmento de pátera campaniense de la forma Lamboglia 5 que remitiría a una cronología de finales del siglo II-inicios del I a.C., conservado en el Museo local, teniendo noticia, además, del hallazgo de dos denarios de la ceca de *Bolskan*; también se han recuperado escasas cerámicas comunes de factura tosca de época altomedieval.

Ocupando una posición opuesta a Sobrarias en el valle de Aliaguilla se localiza el poblado de Los Castellares, de menor tamaño que el anterior, pues su superficie se sitúa en torno a las 0,61 ha. El espacio amurallado está delimitado por sendos fosos defensivos en sus lados noreste y suroeste (fig. 8, A) y un cortado natural del terreno al noroeste, realizándose el acceso a través de un camino identificado en el lado sureste. El foso noreste es de tendencia rectilínea con una anchura de 6 m, una profundidad aproximada de 2 y una longitud de 17,8 m (fig. 8, A,2-3). En esta zona se localiza una estructura maciza de 8,2 × 5 m que cabe interpretar como un torreón adosado a la muralla, situado cerca del extremo sur del foso. En el lado opuesto, el suroeste, una profunda vaguada de 11 × 6,1 m y tendencia curva delimita el poblado (fig. 8, A,4-6). Los trabajos de prospección han proporcionado escaso material cerámico que confirma la ocupación durante época ibérica plena, aunque igualmente se ha constatado la presencia de cerámica a mano, así como de época tardorromana y medieval islámica.

yacimiento al que denominan Collado de la Plata, una zona próxima a la de 'Sobrarias' donde se ha localizado una posible cueva-santuario ibérica, adscribiéndolo al Ibérico Pleno I y II (siglo V-inicio del II a.C.), aunque algunos materiales permiten situar su final en la segunda mitad del siglo II o inicios del I a.C.

Menor información ha proporcionado el resto de la comarca de Requena-Utiel, donde los asentamientos fortificados resultan mucho menos habituales. Destaca en esta zona, sin duda, la presencia del yacimiento localizado en Los Villares de Caudete de las Fuentes (Mata 1991), identificado con la ciudad ibérica que emitió moneda con el nombre de *Kelin*, un *oppidum* de unas 10 ha que jerarquizaría las tierras centrales de la comarca y del que desconocemos en gran medida su sistema defensivo.¹⁸ En tan extenso territorio se han documentado únicamente el foso ya citado de La Yeguera, en las estribaciones meridionales de la comarca, y el conocido desde hace algunos años en El Cerro San Cristóbal (Sinarcas), no muy alejado de los yacimientos conquenses arriba analizados. Se trata de un interesante asentamiento de algo más de 1 ha del que procede abundante material, principalmente cerámico, fruto de continuos expolios, que permite fecharlo entre los siglos VI y mediados del II a.C. (Mata *et al.* 2005: 121; *vid.*, igualmente, Mata *et al.* 2001: 326). La presencia de un "foso tajado artificialmente", conocido como 'Callejón de los Moros', fue señalada por Palomares (1966: 237), localizándose en la zona suroccidental del asentamiento, la más accesible, por delante de la muralla, que realiza un quiebro en ese sector, quizás relacionado con la presencia de un torreón, a una distancia de unos 3 m. El foso tiene sección en 'U', con la escarpa ligeramente ataludada y la contraescarpa vertical, estando colmatado parcialmente con los derrumbes de las defensas, formados por piedras de gran tamaño (fig. 8, B). Presenta una longitud de más de 20 m, una anchura de 6,20 m en la parte superior y 5,30 en la inferior y una altura en torno a los 3 m.¹⁹

Hacia el este y noreste de esta zona, en la comarca valenciana de Los Serranos, se localizan otros tres poblados en los que se registra la presencia de fosos: El Punto del Agua (Benagéber), La Atalaya (Chelva) y El Castillo de Bercolón (Tuéjar), este dado a conocer por Bonet y Mata (1991: 24, fig. 9.1).

Las primeras noticias relativas al foso del Punto del Agua fueron aportadas por J. M. Martínez (1990: 90), quien menciona la presencia de "una calle o foso de 4 metros de anchura". Se localiza en la zona norte, por delante de lo que cabe interpretar como un potente torreón que defendería la puerta de acceso al poblado, quedando delimitado hacia el oeste por un escarpe vertical en cuyo fondo discurre el Barranco del Agua (fig. 9, A,1). Está tallado en la roca y presenta una longitud aproximada de unos 23,5 m, una anchura de unos 4 y una altura que

18. Por lo que respecta a las defensas de este destacado *oppidum* únicamente contamos con información sobre el trazado de la muralla o la posible existencia de una torre en la zona sur (Bonet 2006: 24).

19. El acceso se realiza por la ladera este, desde el collado que une los cerros Carpio, al noreste, y San Cristóbal, al suroeste, observándose las huellas de las rodadas de los carros; "a unos 50 metros, siguiendo el mismo camino en dirección norte-sur, se llega a la cumbre, tras salvar un 'callejón' excavado en la roca, que sirve de entrada al yacimiento, similar al del *oppidum* de Meca, pero de menor recorrido y proporciones" (Martínez 1986: 104 s.), en la actualidad parcialmente colmatado y cubierto de vegetación.

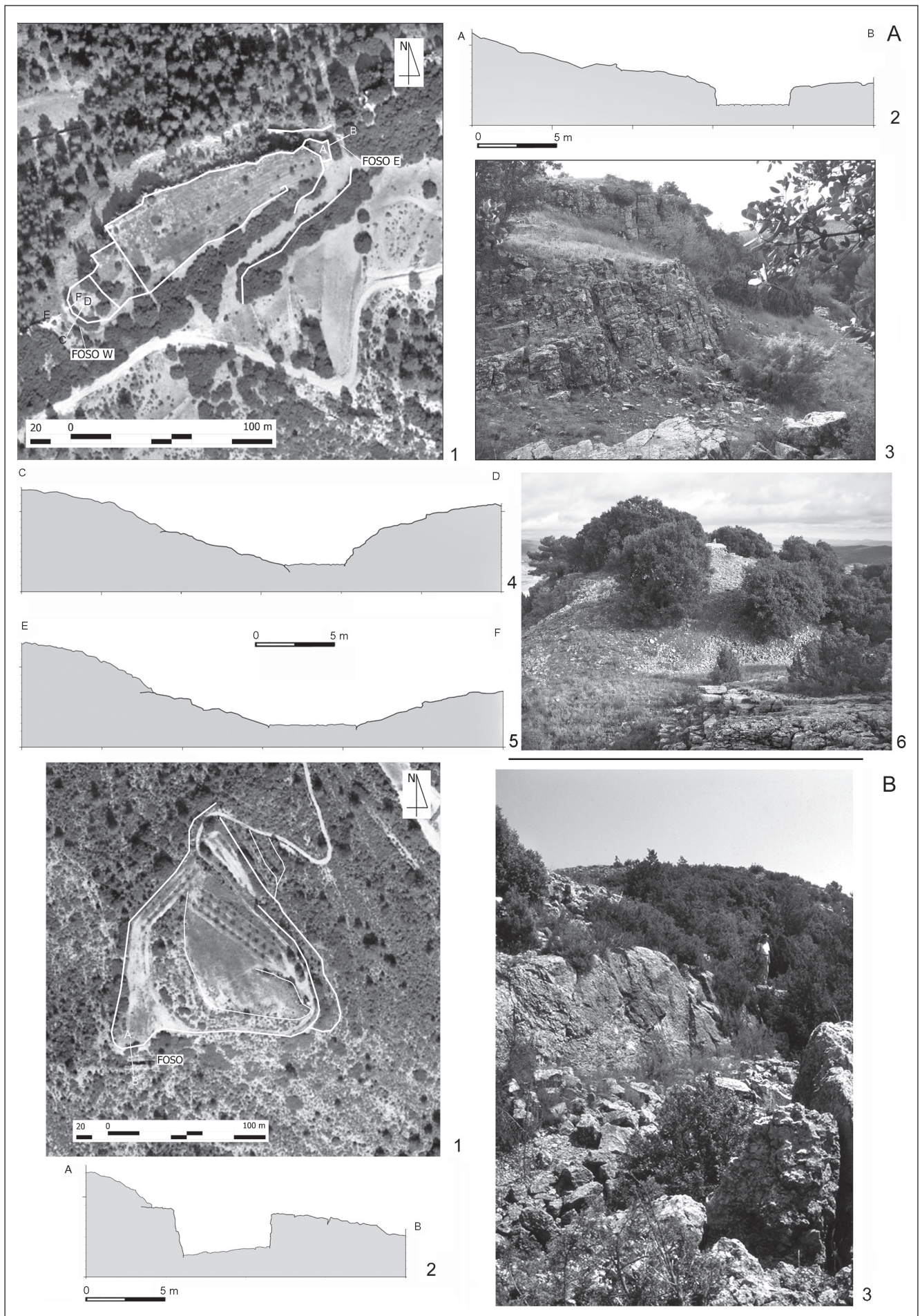


Fig. 8. A, Los Castellares: planta de poblado (1), sección (2) y vista (3) del foso oeste y secciones (4-5) y vista (6) del foso este. B. El Cerro de San Cristóbal: planta del poblado (1) y sección (2) y vista (3) del foso que defiende la zona sur del poblado.

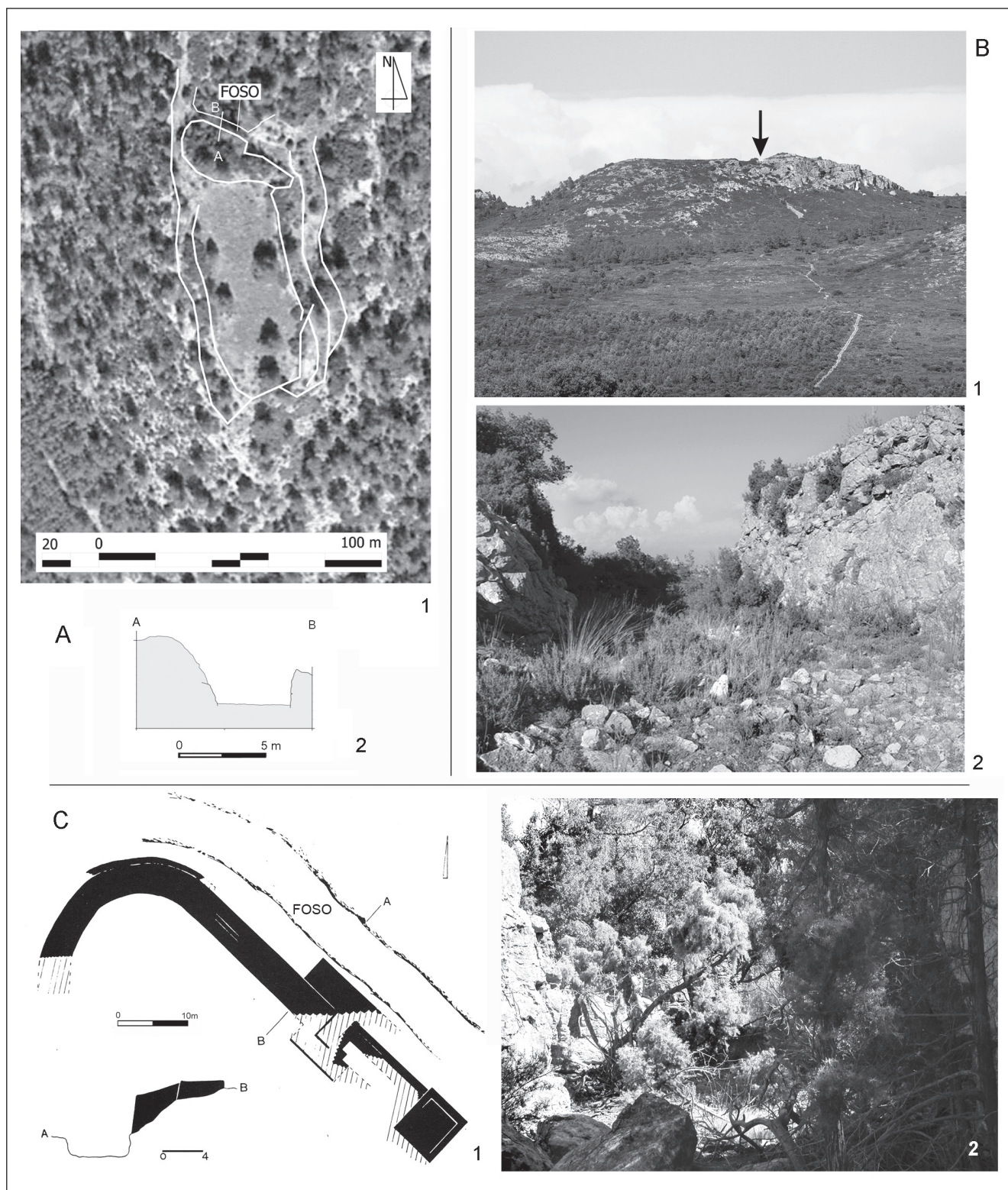


Fig. 9. A, El Punto del Agua: planta del poblado (1) y sección del foso (2). B, La Atalaya: 1, vista del cerro desde el sur, con el foso defendiendo la zona de la acrópolis; 2, vista del foso desde el norte. C, El Castillo de Bercolón: 1, planta y sección del foso; 2, vista del foso (C-1, según Bonet y Mata 1991; C-2, foto C. Mata).

varía de 2 m en la contraescarpa a cerca de 4 en la escarpa, estando parcialmente colmatado (fig. 9, A,2). Los materiales recuperados en el poblado son poco significativos, aunque Martínez (1990: 90-105, figs. 4-12) publicó un conjunto de sepulturas descubiertas en los años sesenta del siglo XX al realizar labores de repoblación forestal en la ladera norte, que remiten a finales del siglo III-siglo II a.C., habiéndose docu-

mentado también materiales del siglo I a.C.²⁰ Cabe resaltar que la necrópolis proporcionó un interesante

20. Para Mata *et al.* (2001: 325) el yacimiento se adscribiría al Ibérico Final, proponiendo una superficie de 0,24 ha, lo que corresponde aproximadamente a la plataforma superior, aunque pudo ser algo mayor si se añaden las terrazas inmediatas, situándose en torno a 0,77 ha.

conjunto de armas celtibéricas que vienen a sumarse a otros materiales de la misma filiación localizados, como veremos, en las zonas serranas que venimos analizando (Lorrio 2007a: 226-227; 2007b: 247-250, fig. 7; Lorrio *et al.* 2009: 29).

Por su parte, La Atalaya es un imponente cerro amesetado con un destacado control visual sobre el entorno. Ha proporcionado un foso tallado en la roca caliza localizado en el interior del yacimiento, defendiendo la zona más alta o acrópolis, asociado a una muralla de mampostería que completaría la defensa natural del cerro. Los trabajos de prospección llevados a cabo en 1996 nos permitieron recuperar abundante material cerámico en la zona oriental del poblado, muy afectada por actuaciones incontroladas, fechado de forma mayoritaria en el siglo V a.C.²¹ Pudimos recabar, además, información relativa al hallazgo en la zona más alta del poblado de materiales que remiten a los siglos inmediatamente anteriores al cambio de era, destacando algunos de filiación celtibérica, como una fíbula decorada con cabezas de lobo en el puente (Lorrio 2007c: 58, fig. 2,7) y otra del tipo de jabalí. El foso, tallado en la roca, se abre a partir del cortado que delimita el poblado por el sur. Presenta sección en 'U', con una anchura de 5 m y una altura de unos 3,30, fortificando la zona de la acrópolis hacia el oeste (unas 0,25 ha), quedando así separada del resto del poblado (fig. 9, B). La obra se complementó con una potente muralla, cuyos derrumbes rodean la acrópolis por el norte, y la defensa natural del cerro, por el este y el sur. Aunque resulta difícil ofrecer una interpretación satisfactoria a partir de los datos de prospección, cabe la posibilidad de relacionar estas obras con la presencia de materiales de filiación celtibérica, igualmente registrados en diversos yacimientos de la zona (Punto del Agua, El Molón y Cabeza Moya). Se trata de determinados tipos de armas (sobre todo puñales biglobulares, en algún caso asociados con espadas de La Tène, pero también alguna espada de antenas) o de fíbulas (principalmente los modelos de caballito y de la variante de jinete, así como zoomorfas de jabalí o decoradas con cabezas de lobo) que ponen de manifiesto la estrecha vinculación de esta zona con el referido ámbito, relaciones que, hacia el este, alcanzarían al menos la margen derecha del tramo medio del río Turia. Se trata de elementos de prestigio y de claro valor ideológico, que en la sociedad céltica peninsular de los siglos III-I a.C., son en muchos casos un claro indicio de celtiberización (Almagro-Gorbea 1994-1995: 18-19), permitiendo suponer la existencia de elites ecuestres celtibéricas establecidas en la zona,²² las cuales controlarían los poblados, de tipo castreño, localizados en los rebordes montañosos de las comarcas de Requena-Utiel y los Serranos, como Cabeza Moya, El Molón, Punto de Agua y La Atalaya.

21. Mata *et al.* (2001: 325) adscriben este yacimiento, al que denominan La Atalaya II, al Ibérico Pleno I (siglo V-inicios del IV a.C.).

22. Esta sería al menos la interpretación que para las fíbulas de jinete propone Almagro-Gorbea (1994-1995: 13-14 y 19; Almagro-Gorbea y Torres 1999: 66-67) y que cabe hacer extensible a los otros objetos citados.

La mayor parte de las piezas mencionadas remiten a un momento que situamos entre finales del siglo III y mediados del I a.C., aunque algunos indicios muestran influjos del ámbito céltico meseteño ya en los siglos precedentes, lo que no debe extrañar, dada su posición geográfica, a caballo entre las tierras de la Meseta y el Sistema Ibérico, por un lado, y el Levante, por otro (Lorrio 1999: 262, fig. 1,10).

Resulta tentador suponer que uno de estos grupos hubiera ocupado La Atalaya, que sería por entonces un despoblado, realizando importantes obras de fortificación en la zona de la acrópolis, la más fácilmente defendible, aunque más difícil es relacionar tal presencia con alguno de los importantes acontecimientos militares que afectaron a estas tierras del interior valenciano en los siglos previos al cambio de era, al menos mientras no se realicen excavaciones arqueológicas en el yacimiento. Sabemos que estas comarcas participaron de forma activa en los acontecimientos que tuvieron como escenario la Península Ibérica entre finales del siglo III y el I a.C., como confirma el *oppidum* de Los Villares, la antigua *Kelin*, donde se ha detectado un nivel de destrucción generalizado de finales del siglo III a.C., aunque este núcleo urbano se recuperaría durante la centuria siguiente, llegando incluso a acuñar su propia moneda, para desaparecer, definitivamente, durante las guerras sertorianas (Mata 1991: 194-195; 2000: 38; Ripollès 2001). En el caso de El Molón tales episodios tuvieron como resultado la realización de importantes remodelaciones en las defensas del *oppidum*, destacando la construcción de dos torres de flanqueo en la puerta principal hacia finales del siglo II o inicios del I a.C., posiblemente en relación con las guerras sertorianas (Lorrio 2007a: 218).

Algo más al norte de la zona analizada se sitúa El Castillo de Bercolón (Tuéjar), junto al Turia, en su margen derecha. De este interesante yacimiento tan solo contamos con la información de Bonet y Mata (1991: 24, fig. 9.1; *vid.* Moret 1996: 472), que identificaron un complejo sistema defensivo a partir del reconocimiento superficial de la obra, con muralla, un torreón y un foso que presenta 2 m de profundidad, 6 de ancho y 40 de largo y discurre paralelo a la muralla, protegiendo la única vertiente accesible (fig. 9, C). Aunque no hay información sobre la cronología del sitio y sus defensas, la cercanía con los yacimientos analizados permite su análisis conjunto, confirmando que en estos territorios de los rebordes de la Meseta el foso se configura como un elemento habitual en los sistemas defensivos de época prerromana.

Un ejemplo interesante de lo dicho lo tenemos en otros asentamientos castreños de la Baja Serranía Conquense, como El Toril (Fuentelespino de Moya), un pequeño poblado con un perímetro amurallado de unos 1.500 m², perteneciente al Hierro II, aunque con materiales del Bronce Pleno y época islámica (fig. 10, 1). Se sitúa en la cima y ladera septentrional de una cresta que constituye el borde meridional de una amplia meseta, habiéndose identificado dos fosos, que dispuestos de forma paralela, defenderían la zona sureste, la más accesible (fig. 10, 2-3). El foso 1 está ubicado al pie de un potente torreón, documentado

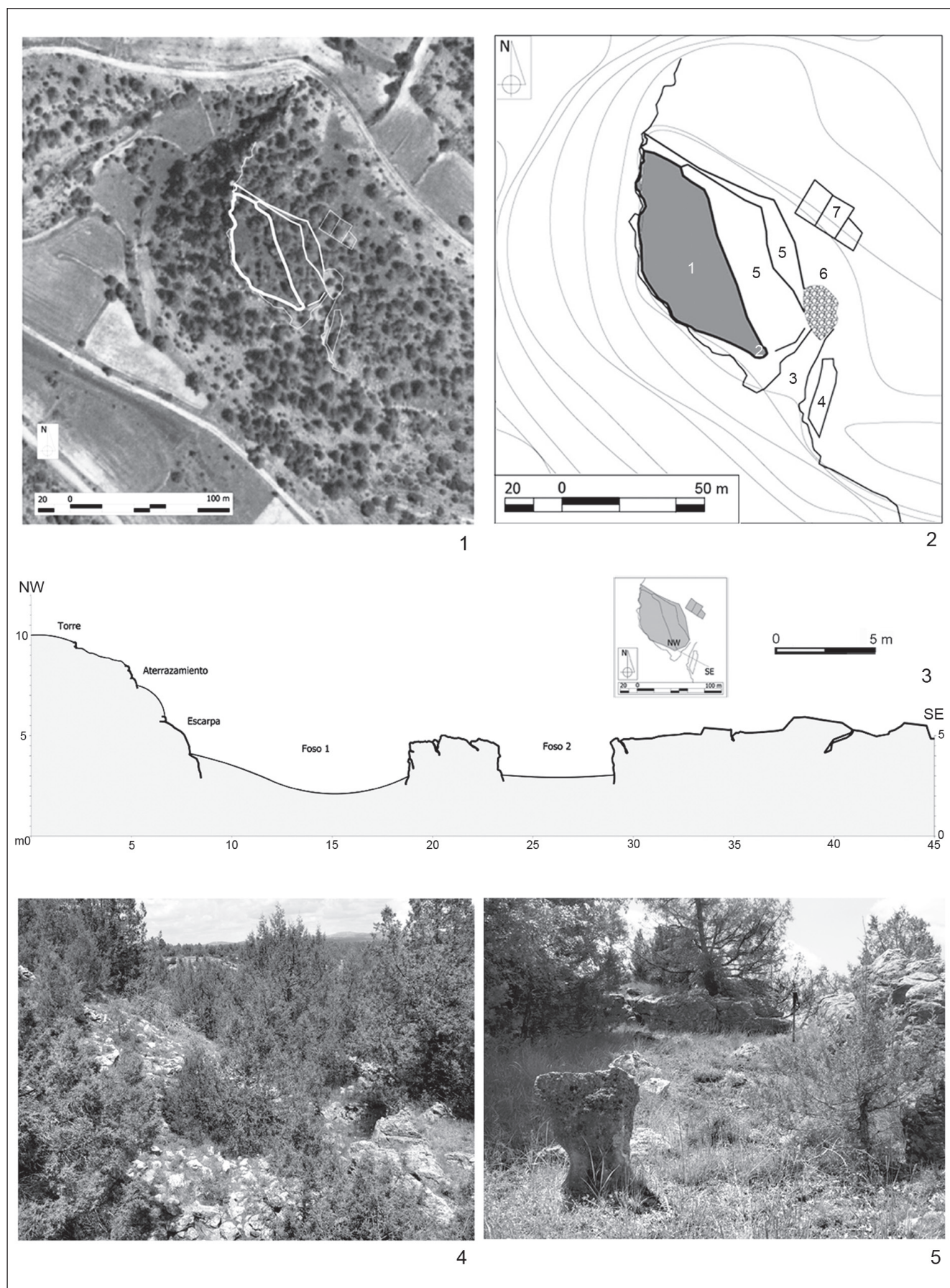


Fig. 10. El Toril: 1-2, planta del poblado (1, perímetro amurallado; 2, torreón; 3, foso 1; 4, foso 2; 5, terrazas; 6, derrumbe; 7, estructuras extramuros); 3, sección de los fosos. Vistas del foso 1, desde el suroeste (4), y del foso 2, desde el noreste, con la 'estela' clavada en su interior (5).

a partir de los importantes derrumbes, habiendo sido excavado en el estrato rocoso. Presenta una disposición perpendicular a la orientación general del cerro y comunica ambas vertientes, con anchuras entre 6 y 3,20 m y una altura máxima conservada de 1,70 m, muy colmatado por el derrumbe de las estructuras circundantes. Su planta es trapezoidal y su sección en 'U' abierta. La escarpa, ataludada, está formada por la superficie rocosa en la que se excavó el foso y un posible lienzo de mamposería irregular que la prolonga hacia el E-NE unos 15 m aproximadamente. La contraescarpa está formada por el terreno rocoso, recortado verticalmente, que en esta zona forma un afloramiento de sección rectangular con anchuras entre 1,5 y 4 m y una longitud máxima de 22 m (fig. 10, 3-4), a partir del cual se identifica un espacio cerrado, excavado en el sedimento rocoso, que cabe interpretar como un segundo foso defensivo, de disposición paralela al anterior. Posee planta de tendencia trapezoidal y sección rectangular con una anchura en torno a los 5 m y una altura máxima conservada de 1,6 m (fig. 10, 3 y 5). En la zona central documentamos una laja de piedra vertical (82 × 37 × 20 cm) hincada en el terreno. Muy posiblemente esta zona fuera utilizada como cantera para la construcción del poblado.

La presencia de fosos defendiendo el flanco más vulnerable la tenemos identificada en diversos yacimientos conquenses más alejados de la zona de estudio, pudiendo citar los casos de Fuente de la Mota, en Barchín del Hoyo (Sierra 2004: 113, fig. 3) y El Pico de la Muela (Valera de Abajo). Diferentes y de mucha mayor envergadura son los identificados en el yacimiento de Fosos de Bayona, con una doble línea de fosos defendiendo la mitad oriental de este importante *oppidum* de 45 ha, identificado con *Contrebia Carbica*, ciudad destruida en las Guerras Sertorianas (Gras *et al.* 1984: 50 y 54-55; Mena *et al.* 1988: 184). En general, se trata de un elemento frecuente en el ámbito celtibérico, con ejemplos que se remontan a la I Edad del Hierro, resultando mucho más habituales durante la etapa más avanzada de esta etapa, defendiendo igualmente algunas de las ciudades de la Celtiberia (Lorrio 2005: 88 y 90, fig. 26).

El Castellar de Meca: fosos y defensa de las ciudades ibéricas

El Castellar de Meca es un importante *oppidum* de unas 15 ha de superficie, levantado sobre una extensa península, unida al monte Mugrón a través de un istmo que se defendió mediante un potente torreón rectangular (Broncano 1986: figs. 67-68 y 101-102; Broncano y Alfaro 1990: 201; Alfaro 1991: 147), levantado sobre una pared vertical tallada artificialmente, que constituye un foso abierto de al menos 6 m de altura (Lorrio 2011: 112), en cuyas proximidades se sitúa una poterna (fig. 11, A,1 y 3-4). Los sillares que constituyen la base del torreón, algunos con almohadillado rústico, elemento característico de las fortificaciones helenísticas (Adam 1982: 25) con ejemplos en el mundo ibérico desde el siglo IV a.C.

(Moret 1996: 202), aparecen separados del foso por un espacio de unos 0,70 m.²³

Las obras de mayor envergadura del *oppidum* se localizaron en torno a la puerta principal (Broncano y Alfaro 1990: 201-206; Alfaro 1991), que se defendió con sendas torres cuadrangulares, de las que se conservan tan solo las entalladuras realizadas en la roca para albergar los sillares; otra torre se erigió como defensa adelantada, localizándose sobre el flanco derecho, a 26 m de la puerta y a 8 de altura sobre el camino. Una cuarta torre pudo haberse levantado en el espolón nororiental que quedaba unido a la puerta principal mediante una muralla ciclópea que cerraba la vaguada a lo largo de 140 m. Como apoyo a la defensa los autores proponen el camino semiexcavado en la roca que discurre por delante de la muralla, a unos 7 m por debajo de ella (fig. 11, A,1-2); presenta un tallado vertical, con una media de 2 m de profundidad que habría funcionado como un foso abierto (*vid.*, igualmente, Moret 1996: 457), mejor que como falsabruga (Broncano y Alfaro 1990: 202, fig. 86,3), de forma similar a lo observado en el lado oriental.²⁴

Aunque la ausencia de datos estratigráficos dificulta fechar tales defensas, su momento final, constatado por el tapiado de la puerta mediante sillares, se ha vinculado con la presencia romana en la zona (Broncano 1986: 141; Alfaro 1991: 150-151), quizás a finales del siglo III o inicios del II a.C., aunque para Moret (1996: 485) no habría que desestimar una fase de ocupación republicana más tardía con la que se podrían relacionar una parte de las construcciones actualmente visibles, lo que coincide con la datación que se ha planteado para la remodelación de la puerta principal de El Molón a finales del siglo II o inicios del I a.C. (*vid. supra*).

El Castellar de Meca jerarquiza un extenso territorio (Soria y Díes 1998: 429; Lorrio 2011: 125 s.), que engloba el altiplano de Almansa, y parte de la comarca de las Tierras Altas, en la provincia de Albacete, así como el extremo de la comarca de La Costera y el Valle de Ayora, en la de Valencia, donde únicamente se ha constatado la presencia de fosos en las tierras valencianas limítrofes (*vid. supra*). Esta ausencia es

23. Contamos con la descripción que ofrece J. Zuazo de tales defensas en 1916: "En el punto en que Meca era vulnerable, como hemos visto, fue cortada la roca verticalmente a fuerza de pico, en una altura de cuarto a cinco metros, construyendo sobre ella una torre o castillo con grandes sillares, cuyas bases se conservan todavía; tiene de ancho 3,40 m, la pared más larga de esta fortaleza es de 12,80 metros, y la otra, con la que forma ángulo de 7 metros" (Zuazo 1916: 21; Broncano 1986: 83). El torreón fue objeto de restauración por Broncano, quien no aporta información alguna sobre la intervención (Broncano 1986: figs. 67-70); antes de la restauración en 1983 únicamente se conservaban dos hiladas, restituyendo tales obras una tercera y algunos sillares perdidos, devolviendo la obra al estado que nos refleja la documentación fotográfica aportada por Zuazo (1916: láms. XI y XII; *vid.* Broncano 1986: figs. 67-68).

24. No creemos que el camino de acceso, fuertemente encajonado —el conocido como Camino Hondo—, pudiera haber hecho las veces de foso defensivo en una etapa previa a la construcción de las defensas comentadas. La identificación de posibles cerramientos a una cota superior llevó a Broncano y Alfaro (1990: 198) a plantear que la antigua puerta pudiera haber estado en esa zona, lo que resulta por completo indemostrable.

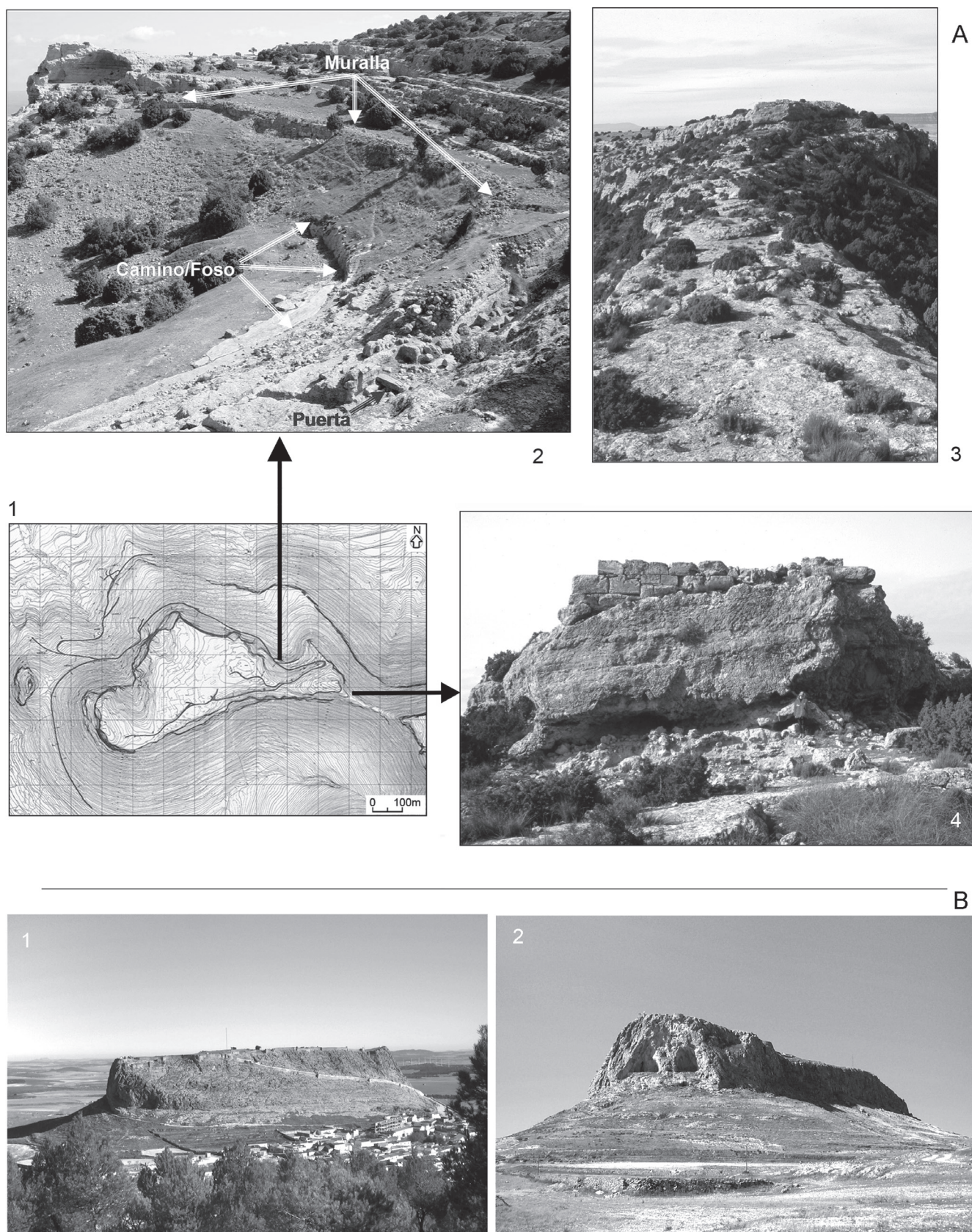


Fig. 11. A, El Castellar de Meca: 1, planta del *oppidum* con los sectores analizados; 2, vista de las defensas de la zona norte, con la puerta principal en primer término (desde la torre adelantada que defendía el acceso); 3, vista del istmo, con las defensas al fondo; 4, foso 'abierto' y torreón oriental (a la derecha se localiza la poterna). B, Las Peñas de San Pedro: vistas del *oppidum* y sus defensas naturales desde el sur (1) y el este (2) (A-1, según Broncano 1986; B, fotos J. L. Simón).

extensible al resto de las tierras albacetenses, lo que no debe ser ajeno, en gran medida, a la característica orografía de este sector de la Submeseta Sur, aunque no falten, como en el imponente *oppidum* de Peñas de San Pedro, la elección de emplazamientos inexpugnables, rodeados de cortados, a modo de fosos naturales (fig. 11, B).

Fosos y defensa activa

El análisis de los fosos ibéricos conocidos en el Levante centro-meridional sugiere una cierta variabilidad, con ejemplos en forma de 'V' o de 'U', tallados siempre en el suelo geológico, en ocasiones modificando parcialmente la roca natural, cuando no regularizando la pared rocosa sobre la que se alzan las restantes defensas, a menudo un torreón, generando 'fosos abiertos', al carecer de contraescarpa. Su anchura se sitúa en torno a los 5-6 m, aunque pueden llegar a tener 8, o incluso 10 m, mientras que su altura varía entre los 2 m de profundidad del camino-foso de Meca, con varios ejemplos más, aunque todos parcialmente colmatados, hasta los 6 del foso abierto que defiende el istmo de Meca, dimensiones no muy diferentes de las aportadas por La Picola. Mayor variabilidad se observa en sus longitudes, que oscilan entre los 6,25 m de El Pico de los Ajos hasta los más de 80 de La Plaza de Sobrarias (tab. 1). Igualmente variable en sus dimensiones es la franja de terreno que separa el torreón o la muralla del foso —la berma—, aunque al tratarse de fosos tallados en la roca la función esencial de este espacio —reducir la presión que pudiera causar el derrumbe de las estructuras (Lawrence 1979: 276)— pasaría a un segundo término, lo que explicaría la anchura tan reducida que a menudo presenta. Los fosos estudiados responden al modelo habitual en el mundo ibérico, una trinchera de trazado lineal dispuesta en el lado más vulnerable del asentamiento, donde se localiza el acceso principal o, al menos, una poterna, muy distintos, por tanto, del foso perimetral identificado en La Picola, yacimiento para el que se ha propuesto una influencia griega, aunque esté igualmente documentado en la zona en contextos fenicios anteriores, como sería posiblemente el caso de La Fonteta, tratándose en ambos casos fosos de sección en 'V'.

Según se ha venido proponiendo en el mundo clásico, los fosos comenzaron siendo simplemente la cantera de extracción de los materiales de la muralla, no apareciendo como verdaderos obstáculos hasta finales del siglo V a.C. (Garlan 1974: 150). El uso del foso como cantera para la extracción de material de construcción por necesidades arquitectónicas sería un fenómeno frecuente, pues su proximidad al recinto facilitaría enormemente las labores de acarreo (Lawrence 1979: 276). Tal uso se ha señalado en El Pico de los Ajos (*vid. supra*, Díez y Gimeno 1995: 87) y en El Molón de Camporrobles, donde se observan con claridad las marcas de extracción de los sillares (Lorrio *et al.* 2011: 195 ss.), lo que no contradice en absoluto su valor táctico (Lawrence 1979: 279; Frederiksen 2011: 79, 92 y 97 s.).

Más complejo resulta analizar, por falta de datos, la presencia de otros elementos registrados igual-

mente en La Picola, como son los antemurales y, sobre todo, las poternas, que ponen de manifiesto el carácter cada vez más activo de los sistemas defensivos de la época (Garlan 1974: 191), aunque su presencia ha podido ser documentada en El Molón de Camporrobles. El sistema defensivo identificado en este yacimiento se adecua con bastante fidelidad a un modelo del helenismo temprano en el que parece haberse inspirado (Lorrio 2007a: 222), basado en la idea de defensa activa, en el que juegan un papel determinante los antemurales y las poternas, al permitir la rápida salida de los defensores, organizada y bien protegida, atacando por sorpresa las posiciones enemigas (Garlan 1972: 131 ss.; Gracia 2000: 148 s.), con ejemplos en otros yacimientos valencianos, como El Castellar de Meca.

No hay razón, por tanto, para dudar del valor táctico de fosos como los de La Picola, El Molón o Meca, aunque, como ha señalado Moret (2001: 143), no conviene olvidar que todas las defensas avanzadas que conocemos en el mundo ibérico están muy cerca de la muralla, por lo que carecerían de utilidad contra un ataque con artillería de largo alcance.²⁵ En cualquier caso, como destaca Quesada (2007: 80) para La Picola, esto no quiere decir que tales poblados estuvieran insuficientemente defendidos para repeler ataques a pequeña o mediana escala, sin duda el tipo de guerra más habitual entre los iberos. En el caso de El Molón la orografía del terreno dificultaría notablemente el uso de máquinas de guerra en las inmediaciones del asentamiento, lo que no elimina la necesidad de desarrollar un sistema defensivo complejo en los puntos más vulnerables, como la puerta principal y el istmo, que, en caso de asalto, permitiera una respuesta 'ofensiva' por parte de los habitantes del *oppidum*, y que pone de manifiesto un conocimiento de las técnicas poliorcéticas mediterráneas, aunque adaptadas a las propias necesidades de defensa de la población y al desarrollo táctico del momento. El diseño es, por tanto, autóctono en origen, posiblemente difundido a partir del fenómeno del mercenariado, aunque pudieron existir otros (Gracia 2006: 77; *vid.*, en contra, Quesada 1994), pero su puesta en práctica sería puramente indígena, lo que explica las singularidades que presentan en cada caso.²⁶

25. *Vid.* los trabajos de Gracia (2000: 134; 2006) y Quesada (2001; 2007), a favor y en contra, respectivamente, del conocimiento por parte de los iberos de las máquinas de asedio y de técnicas poliorcéticas sofisticadas.

26. La efectividad del modelo se pone de manifiesto en la ausencia de niveles de destrucción en El Molón, relativamente frecuentes en cambio en asentamientos de la misma comarca, como evidencian los casos de *Kelin* o el Cerro de San Cristóbal (Bonet y Mata 2002b: 239), en lo que no sería ajeno su emplazamiento prácticamente inexpugnable y sus destacadas defensas. El hallazgo de un nutrido conjunto de glandes de plomo procedentes de la vaguada que separa El Molón del cerro de El Picarcho, al noroeste de aquel, a una distancia que ronda o, incluso, supera los 300 m, pone de manifiesto las dificultades de aproximación de un grupo atacante —que debemos considerar como sofisticado militarmente, pues debe enmarcarse en los conflictos sertorianos, que supusieron la destrucción del importante *oppidum* de *Kelin*, localizado a pocos kilómetros de El Molón— a la zona más vulnerable del poblado, explicable por el fuerte desnivel, de más de 30 m, entre ambas zonas, incrementado, además, por la propia altura de las fortificaciones.

	Foso				Berma	Antemural	Torreón
	Forma	H (m)	A (m)	L (m)	L (m)		
La Fonteta	V	1,20	2,50	¿perimetral?	4	X	-
Cabezo Lucero	U	>2	>5	>30	?	-	X
La Picola	V	2	5-6/4-5	perimetral	5/5,50	X	-
Puntal de Salinas	U	5	8	c. 30/35	c. 7	-	X
Pico de los Ajos	V	>2,66/3,35	2,85/5,28	6,25	c. 0,90	X	X
Los Yegueros	U	>3	5,50	c. 10	2,50/3	-	X
Puntal dels Llops	U	>1	c. 4	>15	5	X	X
El Molón	U	1,80/5	5,60/10	20	1,25/2,10	X	X
Sobrarías	U	>2	5/9	>80	10/20	-	X
Los Castellares-NE	U	>2	6	17,80	c. 6	-	X
Los Castellares-SO	U	4/5	6,1	11	c. 4/6	-	-
Cerro San Cristóbal-S	U	>3	5,30/6,20	>20	c. 6,5	-	X
Punto del Agua	U	2/4	c. 4	23,50	c. 4	-	X
La Atalaya	U	>3,30	5	>20	>5	-	-
Castillo de Bercolón	U	>2	6	40	1,50/4	-	X
El Toril-1	U	1,70	3,20/6	c. 30,50	3,45	-	X
El Toril-2	U	1,60	5	24,50	-	-	X
Meca-NE	abierto	6	-	c. 13	0,70	-	X
Meca-N	abierto	2	-	>100	7	-	-
Castellón-Tipo I	U	6-4	6 (15)	12-20	?	X	X
Castellón-Tipo II	V	?	4-6	6-9	?	-	X
Castellón-Tipo III	abierto	4-6	4-6?	-	?	-	X

Fig. 12. Características principales de los fosos del Levante ibérico.

Fosos defensivos en las comarcas septentrionales del Levante

Si como hemos podido comprobar son pocos los datos sobre la presencia de fosos en los poblados ibéricos de la zona de Alicante y Valencia, no ocurre lo mismo en las tierras de Castellón, donde resultan un fenómeno habitual. El punto de partida para su estudio es el trabajo de Gusi, Díaz y Oliver (1991), una síntesis sobre las fortificaciones ibéricas en el norte de las tierras levantinas entre los siglos VI y II a.C., donde se analizaban 30 yacimientos, una veintena de los cuales con foso.²⁷ Se trata de asentamientos de tamaño mediano y pequeño, cuyas dimensiones oscilan entre las 0,54-0,55 ha de La Moleta del Pagès, y las 0,12-0,13 de Mas del Pi (Gusi *et al.* 1991: 84), aunque El Cormulló dels Moros habría alcanzado 1 ha (Oliver 1995: 116). Los fosos se localizan en las zonas donde su presencia resulta más necesaria, por lo común al pie de la torre principal, en el istmo que une el espolón donde se ubica el poblado con el resto de la sierra. Los autores plantean la existencia de tres variedades de fosos (Gusi *et al.* 1991: 90), aportando

información sobre la forma y las dimensiones de cada uno de los tipos, aunque falte la descripción individualizada y la documentación gráfica de cada caso, así como su discusión cronológica. Más reciente es el trabajo de Allepuz (2001: 112) sobre el poblamiento ibérico de la Plana de l'Arc, que ha proporcionado mayor información sobre algunos casos concretos a partir igualmente de prospecciones superficiales, aunque manteniendo las carencias documentales ya señaladas.

La realización de excavaciones sistemáticas en algunos de estos yacimientos no ha repercutido en un mejor conocimiento de los fosos, pues por lo común tan solo se menciona su presencia, faltando cualquier información relevante sobre los mismos, ya que en ningún caso se ha llegado a actuar directamente sobre este singular elemento defensivo. Las largas secuencias que a menudo presentan los poblados de la zona dificultan notablemente la vinculación del foso a una determinada fase de ocupación, lo que como hemos señalado únicamente puede determinarse a partir de la excavación del sistema defensivo del que los fosos formarían parte (Lorrio *et al.* 2011).²⁸ Solo podemos

27. Del listado ofrecido por los autores debe desestimarse El Puig de la Misericòrdia (Gusi *et al.* 1991: 96) (A. Oliver, comunicación personal).

28. El tema es especialmente delicado cuando se mencionan elementos murarios en el interior de los fosos, tanto en disposición transversal como longitudinal a los mismos, in-

estar razonablemente seguros de este último aspecto en aquellos casos con ocupaciones cortas, como Els Estrets-Racó de Rata, un asentamiento de nueva planta surgido tras la conquista romana (*vid. infra*). Los tipos definidos por Gusi, Díaz y Oliver (1991: 90) son:

Tipo I: Fosos excavados en la roca con perfil en 'U' y forma ligeramente arqueada, al ceñirse al recinto. Aparecen parcialmente colmatados, señalándose la presencia de muretes transversales escalonados, de 0,60-0,90 m de anchura, y en las caras talladas tramos de mampostería regularizando el frente del foso.²⁹ La distancia entre el recinto y el foso —la berma— varía, aunque por lo general se sitúan al pie del mismo “formando parte del conjunto externo del área de la torre”. Presentan unas dimensiones medias que oscilan entre 6 m de anchura, 12 de longitud, aunque pueden llegar a 20, y entre 4 a 6 de profundidad respecto a la plataforma sobre la que se alza la torre. Se trata del modelo más elaborado, como se documenta en El Castillejo de Torrejón (Pina de Montalgrao), donde una torre rectangular y el foso defienden el lado más vulnerable (Moret 1996: 447), Els Castellars (Serra d'en Galceran), con 3 fosos, uno dentro del recinto, delante de la torre cuadrangular y los otros dos flanqueando la fortificación (Gusi *et al.* 1991: 99), y La Rocha Carla (Soneja), con torre cuadrangular y foso asociado (Gusi *et al.* 1991: 101), estando igualmente presente en Serra Brusca (Vilafra), con “fosos escalonados e intercalados entre subrecintos circulares” (Gusi *et al.* 1991: 100) y Els Estrets-Racó de Rata (Vilafamés), un pequeño asentamiento de 0,2 ha defendido por un foso situado en la vertiente noroeste, mientras una torre circular defendía el extremo este, la zona de más fácil acceso al poblado (Barrachina y Llorens 1996: 322, fig. 1; Gusi *et al.* 1991: 100; Allepuz 2001: 55, fig. 3). El foso se adapta en este asentamiento a la forma del poblado presentando forma de media luna; está excavado en la roca y presenta perfil en 'U', con unas dimensiones aproximadas de 16 × 3 m (Allepuz 2001: 112). Igualmente, en el yacimiento de La Costa (Cabanès) se detecta la presencia de lo que podría interpretarse como una torre y un posible foso de perfil en 'U' muy abierta en la parte noroeste, la más vulnerable de las defensas, con una anchura que alcanza los 15 m (Allepuz 2001: 87 y 112).

Tipo II: Fosos excavados parcialmente en el substrato “con perfil abierto en 'V', o con una concavidad más o menos acusada”, y plantas de tendencia semicircular. Presentan unas dimensiones medias que oscilan de 4 a 6 m de anchura y de 6 a 9 de longitud

(IIa). Se establece una variante (IIb), para los casos en los que se ha remodelado una vaguada natural, con la intención de acentuar la depresión y aportar una mayor presencia defensiva. En algún caso de fosos poco profundos se ha señalado la presencia de bloques de tamaño mediano (60 × 60 cm) y grande (1,20 × 90 cm) “repartidos irregularmente, siguiendo el contorno del propio foso, y equidistantes entre sí”; presentan disposición vertical, estando calzados y, a veces, regularizados artificialmente.³⁰

El tipo IIa se documenta en Mas del Pi (Benicàssim); Mas del Senyor (Santa Magdalena de Polpis), con 3 fosos: “uno situado en el exterior del recinto adosado a la torre de retaguardia, y otros dos escalonados dentro del recinto, flanqueando el lado norte de la torre de vanguardia” (Gusi *et al.* 1991: 96 s.); Les Ventalles (Ulldecona, Tarragona), con “dos fosos asociados a las respectivas torres”, una de apoyo “en el exterior del recinto sobre el istmo” (Gusi *et al.* 1991: 96); El Campello (Cabanès); El Castellar/El Cormulló dels Moros (Albocàsser); Fortuny (Borriol), con la torre y el foso localizados en el istmo que da acceso al poblado (Gusi *et al.* 1991: 97; Oliver 1995: 116); y Sant Josep (la Vall d'Uixó), donde se ha documentado una muralla y torres cuadradas defendiendo el lado este y un foso el norte, complementando la defensa natural que protege el poblado por el sur y el oeste (Rosas 1995: 157). Otro caso es el de El Gaidó/El Tossal del Gaidó (Cabanès), donde la torre y el foso defienden la zona sudoeste, la que presenta mejores condiciones de acceso; está tallado en la roca y presenta sección en 'U' según Allepuz (2001: 112), aunque para Gusi *et al.* (1991: 90 y 97) pertenecería al tipo IIa. La variante IIb se ha identificado en El Limbo (Barracas); Mas d'en Sabater (Morella), donde aparece ceñido a la torre (Gusi *et al.* 1991: 100); La Cantera (Catí), y Les Voltes (Albocàsser).

Tipo III: Fosos naturales abiertos, donde se ha regularizado la pared rocosa con el objeto de destacar su verticalidad, sirviendo su única cara —la escarpa del foso— como asiento de la torre. Sus dimensiones oscilan entre 4 y 6 m de “anchura y altura”, incluyendo el yacimiento de Mas del Salvador (Vistabella).³¹

Como hemos comentado, las largas secuencias que a menudo presentan los poblados de la zona castellonense provistos de foso dificultan establecer una cronología concreta para este tipo de defensa adelantada en cada uno de los ejemplos analizados. Este sería el caso de yacimientos como El Cormulló dels Moros, con una ocupación que abarca entre los siglos VI y I a.C. (Espí *et al.* 2000: 147), aunque los materiales publicados remiten mayoritariamente al

interpretados como sistemas auxiliares defensivos, quizás para sustentar empalizadas (Gusi *et al.* 1991: 90), cuya interrelación con el resto de elementos defensivos adelantados resulta compleja de establecer sin la realización de trabajos de excavación arqueológica.

29. La presencia de muros transversales localizados en el interior de algunos fosos se ha señalado igualmente en el Pico de los Ajos, también documentado a partir de prospecciones superficiales, lo que dificulta determinar la contemporaneidad entre la construcción de estos y el resto de las defensas. Por su parte escarpas y contraescarpas construidas de mampostería las tenemos documentadas en el Levante en La Picola, mientras que en El Molón es la escarpa la que incorporó tales obras.

30. Siguen “la línea arqueada del borde externo superior del foso”, colocándose, generalmente, los bloques mayores cerca de la base de la torre, complementándose con cantizales artificiales, lo que podría hacer pensar en antemurales. Para los autores, “tendrían una funcionalidad dirigida a servir de base a la colocación de estructuras muradas, a modo de empalizadas”.

31. Los autores mencionan igualmente (Gusi *et al.* 1990: 99-100) los casos de La Moleta del Pagès, que en lugar de foso se sirve de la diferencia de alturas que establece la erosión diferencial de la zona de retaguardia de la fortificación, lo que es también el caso de La Balaguera, o de Mas d'en Blai, con un cortado natural de 6 a 8 m.

siglo II-primer mitad del I a.C., a excepción de un fragmento de cerámica ática de los siglos V-IV a.C. (Arasa 2001: 154); El Tossal del Gaidó, fechado entre el siglo VI y, posiblemente, la primera mitad del II a.C. (Allepuz 2001: 93; Arasa 2001: 142 s.); La Costa, con presencia de materiales que abarcan entre los siglos VI y II a.C. (Allepuz 2001: 88; Arasa 2001: 144); Campello, con presencia de cerámicas áticas de los siglos V-IV a.C. y un fragmento de ánfora campana del siglo II-primer mitad del I a.C. (Arasa 2001: 91); Mas del Pi, con materiales que se remontan al siglo IV a.C., situándose el final de la ocupación ca. 190-180 a.C. (Arasa 2001: 102); Sant Josep, con una ocupación de época ibérica que abarca entre la segunda mitad del siglo VI y finales del II a.C. (Arasa 2001: 122), y Els Estret-Racó de Rata, fechado entre mediados del siglo II y el primer cuarto del I a.C. (Arasa 2001: 150).

Además de los casos descritos por Gusi, Díaz y Oliver (1991) y Allepuz (2001), cabe añadir la referencia a un posible foso tallado en la roca en El Torrelló del Boverot (Almassora), situado junto a la posible puerta del recinto fortificado, y aparentemente en relación con la muralla más moderna del poblado, fechada hacia finales del siglo III a.C. (Clausell 2002: 11). Cabe mencionar, además, el reciente hallazgo de un foso en el *oppidum* ibérico existente bajo el casco urbano de Tortosa (Tarragona), en el Bajo Ebro (Diloli y Ferre 2008: 120-121).

Conclusión

La presencia de fosos en el Levante peninsular está documentada en contextos fenicios de la desembocadura del río Segura desde finales del siglo VIII a.C., si se confirmara su presencia en el Cabezo Pequeño del Estaño, o un siglo después, hacia finales del siglo VII a.C., si se toma en consideración el foso de Fonteta IV, cuyo valor como elemento defensivo ha sido cuestionado por sus reducidas dimensiones. Aunque yacimientos del Ibérico Antiguo de la zona alicantina, como El Oral, carecen de foso, su presencia está confirmada en otros, como Cabezo Lucero, cuyo origen se remonta al primer cuarto del siglo V a.C. Con todo, el caso mejor conocido es el de La Picola, fechado hacia el último cuarto del siglo V a.C., cuya metrología pone de manifiesto el influjo griego, presente probablemente también en su sistema defensivo complejo, con foso, antemural levantado sobre la escarpa del foso, berma y muralla. A partir del Ibérico Pleno y durante la etapa más avanzada de la cultura ibérica (ca. siglos IV-II a.C.) contamos con mayor información sobre la presencia de fosos, aunque en su mayoría los datos procedan ahora de las tierras centrales del Levante. Efectivamente, los fosos son poco frecuentes durante esta etapa en los poblados ibéricos de la provincia de Alicante, llegando a faltar por completo en los de Murcia, mientras que los trabajos de prospección y excavación en las tierras del interior de la provincia de Valencia y zonas

próximas de la de Cuenca han permitido incorporar un buen número de ejemplos, cuya relación con el ámbito celtibérico, donde los fosos resultan frecuentes, debe tenerse en cuenta, al menos en ciertos casos. Siguen faltando, no obstante, excavaciones centradas en estos singulares elementos defensivos, que en tan extenso territorio se limitan a los casos de La Picola, El Molón y La Cervera, este en fase de estudio. Junto a modelos sencillos como el de El Puntal de Salinas, uno de los pocos casos identificados en la provincia de Alicante, cuyo foso es una simple barrera abierta en el terreno con el objeto de dificultar un ataque frontal a la zona más vulnerable del poblado, reforzada por la presencia de un torreón, contamos con otros más complejos, en los que se percibe su inspiración en modelos del helenismo temprano al incorporar elementos adelantados, como antemurales, así como poternas y portillos que favorecen las acciones ofensivas de los sitiados, con buenos ejemplos en El Molón y El Castellar de Meca, en el interior de la provincia de Valencia.

Por lo que respecta a las tierras septentrionales del Levante, cabe destacar el número relativamente elevado de poblados que incorporan fosos entre sus defensas, con algunas peculiaridades que personalizan la zona, como la presencia de más de una de estas estructuras, alguna en el interior de los recintos, aunque resulta difícil establecer la contemporaneidad de todos los elementos defensivos, toda vez que, en su gran mayoría, los fosos de la provincia de Castellón son conocidos exclusivamente a partir de trabajos de prospección, sin olvidar, además, las largas secuencias de ocupación que presentan muchos de estos asentamientos, lo que dificulta notablemente realizar valoraciones al respecto.

A pesar del interés que presenta el estudio de los fosos, la visión que en el estado actual de la investigación podemos realizar de ellos resulta necesariamente parcial por varias razones:

- 1 faltan, por un lado, análisis en detalle de estas barreras defensivas que incorporen la imprescindible documentación gráfica y los datos esenciales que permiten su caracterización, como son su forma y dimensiones;
- 2 no se pueden discriminar los fosos de los sistemas defensivos en los que se integran, para lo que se hace imprescindible realizar trabajos de excavación que aborden el estudio integral de las fortificaciones;
- 3 resulta indispensable, finalmente, el estudio del área levantina integrado con los ámbitos próximos, lo que permitirá una mejor comprensión de los fosos, posiblemente uno de los elementos más singulares de la poliorcética prerromana.

Alberto J. Lorrio

Área de Prehistoria
Universidad de Alicante
03080-Alicante
alberto.lorrio@ua.es

Bibliografía

- ABAD, L. (2004). La Alcudia Ibérica. En busca de la ciudad perdida. En: VV.AA. *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*. Catálogo de la Exposición. Caja de Ahorros del Mediterráneo. Alicante: 69-78.
- ADAM, J. P. (1982). *L'architecture militaire grecque*. Picard. París.
- ALFARO, M. (1991). El sistema defensivo de la puerta de entrada a la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia). En: MOLIST, N. y SÁNCHEZ, E. (coords.). *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple (segles IV-III a.C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica. Manresa 1990, Centre d'Estudis del Bages / Societat Catalana d'Arqueologia. Manresa: 147-152.
- ALLEPUZ, X. (2001). *Introducció al poblament ibèric de la Plana de l'Arc (Castelló)*. Diputació de Castelló. Castelló.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1994-1995). Fíbulas de jinete y de caballito en Extremadura. Aportación a la "celtiberización" de la Lusitania. *Anas*, 7-8: 9-20.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (2009). Una *pelike* del Pintor de *Euchárides* procedente de Cabezo Lucero, Alicante. *Lucentum*, 28: 9-22.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M. (1999). *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Institución "Fernando el Católico". Zaragoza.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M. (2007). Las fortificaciones tartésicas en el Suroeste peninsular. En: BERROCAL-RANGEL, L. y MORET, P. (eds.). *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 28. Real Academia de la Historia – Casa de Velázquez. Madrid: 35-55.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M. (2010). *La escultura fenicia en Hispania*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 32. Real Academia de la Historia. Madrid.
- APARICIO, J. y CISNEROS, F. (2007). *Varia V. La necrópolis ibérica del Corral de Saus en el Complejo de Carmoxent (Moixent. Valencia). I Excavaciones de 1972 a 1985. Memorias e Inventarios*. Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- ARANEGUI, C., JODIN, A., LLOBREGAT, E., ROUILLARD, P. y UROZ, J. (1993). *La nécropole ibérique de cabezo Lucero. Guardamar del Segura*. Casa de Velázquez / Diputación de Alicante, Madrid - Alicante.
- ARASA, F. (2001). *La romanització a les comarques septentrionals del litoral valencià. Poblament ibèric i importacions itàliques en els segles II-I aC*. Servicio de Investigación Prehistórica, Serie de Trabajos Varios, 100. Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- BADIE, A., GAILLEDAT, É., MORET, P., ROUILLARD, P., SÁNCHEZ, M.^a J. y SILLIÈRES, P. (2000). *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Casa de Velázquez. París – Madrid.
- BARRACHINA, M. C. y LLORENS, M. D. (1996). El jaciment ibèric dels Estrets-Racó de Rata (Vilafamés, Castelló). *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17: 321-338.
- BERROCAL-RANGEL, L. (2004). La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica. *Gladius*, XXIV: 27-98.
- BONET, H. y MATA, C. (1991). Las fortificaciones ibéricas en la zona central del País Valenciano. En: MOLIST, N. y SÁNCHEZ, E. (coords.). *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple (segles IV-III a.C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica. Manresa 1990, Centre d'Estudis del Bages / Societat Catalana d'Arqueologia. Manresa: 11-35.
- BONET, H. y MATA, C. (2002a). *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios, 99, Diputación Provincial de Valencia. Valencia.
- BONET, H. y MATA, C. (2002b). El final del mundo ibérico en torno a Valentia. *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*. Ajuntament de València. Valencia: 233-244.
- BONET, H. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2009). Sistemas de acceso y puertas de los poblados ibéricos del País Valenciano. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 19: 287-306.
- BRONCANO, S. (1986). *El Castellar de Meca. Ayora (Valencia), Textos*. Excavaciones Arqueológicas en España, 147. Madrid.
- BRONCANO, S. y ALFARO, C. (1990). *Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 162. Madrid.
- CHÁFER, G. y MARTÍNEZ, J. M. (2000). *El Castellaret de Dalt*. Grup Cultural Ad Statuas. Moixent.
- CLAUSELL, G. (2002). *Excavacions i objectes arqueològics del Torrelló d'Almassora (Castelló)*. Museu Municipal. Almassora.
- DÍES, E. y GIMENO, L. (1995). El sistema defensivo de la zona SE del yacimiento ibérico del Pico de lo Ajos (Yátova, Valencia). *Saguntum*, 29: 85-91.

- DILOLI, J. y FERRE, R. (2008). Íberos en Tortosa. Nuevos datos sobre la Protohistoria del Bajo Ebro. *Saguntum*, 40: 109-126.
- ESPI, I., IBORRA, M. P. y DE HARO, S. (2000). El área de almacenaje del poblado ibero-romano del Cormulló dels Moros (Albocàsser, Castelló). En: MATA, C., y PÉREZ, G. (eds.). *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants*. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. *Saguntum*, Extra-3: 147-152.
- FREDERIKSEN, R. (2011). *Greek City Walls of the Archaic Period. 900-480 BC*. Oxford.
- GARCÍA, P., CARRIÓN, Y., COLLADO, I., MONTERO, I., MUÑOZ, M., PÉREZ, G., ROLDÁN, C., ROMAN, D., TORMO, C., VERDASCO, C. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2010). Campaña de excavación arqueológica de urgencia en Caramoro II (Elx, Alacant), *MARQ, Arqueologia y Museos*, 4: 37-66.
- GARCÍA CANO, J. M. (2008). Las fortificaciones ibéricas en la Región de Murcia. *Murgetana*, 119: 9-36.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1994). El Cabezo pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura. En: *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Murcia: 269-280.
- GARLAN, Y. (1972). *La guerre dans l'antiquité*. Nathan. 3ª edición revisada y aumentada. París.
- GARLAN, Y. (1974). *Recherches de Poliorcétique Grecque*. Diffusion de Boccard. París.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2001). Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular. En: RUIZ MATA, D. y CELESTINO, S. (eds.). *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO – CSIC. Madrid: 173-192.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2007). Rasgos arquitectónicos y urbanísticos de La Fonteta. En: LÓPEZ CASTRO, J. L. (ed.). *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*. Ed. Universidad de Almería. Almería: 69-82.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2011). *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*. Vol. 1. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (2000). El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante). En: *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos. Cádiz, octubre 1995*. Vol. IV. Cádiz: 1.527-1.537.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (1992). Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó. *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Serie de Trabajos Varios, 89. Diputación Provincial de Valencia. Valencia: 17-27.
- GRACIA, F. (2000). Análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. *Gladius*, XX: 131-170.
- GRACIA, F. (2006). Las fortificaciones ibéricas. Análisis poliorcético y concepto de su empleo táctico en la guerra de sitio. En: OLIVER, A. (coord.). *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura. Castelló de la Plana: 63-122.
- GRAS, R., MENA, P., VELASCO, F. (1984). La ciudad de Fosos de Bayona (Cuenca). Inicios de la romanización. *Revista de Arqueología*, 36: 58-57.
- GRAU, I. y SEGURA, J. M. (2010). Investigació arqueològica i revaloració de la torrassa de l'oppidum ibèric del Puig d'Alcoi. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 19: 81-99.
- GUSI, F., DÍAZ, M. A., OLIVER, A. (1991). Modelos de fortificación ibérica en el norte del País Valenciano. En: MOLIST, N. y SÁNCHEZ, E. (coords.). *Fortificacions. La problemàtica de l'Ibèric Ple (segles IV-III a.C.)*. Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica. Manresa 1990, Centre d'Estudis del Bages / Societat Catalana d'Arqueologia. Manresa: 79-102.
- HERNÁNDEZ, L. y SALA, F. (1996). *El Puntal de Salinas. Un hàbitat ibèric del segle IV a.C. en el Alto Vinalopó*. Fundación Municipal "José María Soler". Villena.
- IZQUIERDO, I. (2000). *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela (Serie de Trabajos Varios del SIP 98)*. Valencia.
- LAWRENCE, A. W. (1979). *Greek Aims in Fortification*. Clarendon Press. Oxford.
- LORRIO, A. J. (1999). Elementos para la delimitación de la Celtiberia Meridional. En: VILLAR, F. y BELTRÁN, F. (eds.). *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana*. VII Coloquio de Lenguas y Culturas Paleohispánicas. Zaragoza 1997. Salamanca: 258-267.
- LORRIO, A. J. (2001). El poblado y la necrópolis de El Molón (Camporrobles, Valencia). En: LORRIO, A. J. (ed.). *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia)*. Anejo a la revista *Lucentum* 4. Alicante: 151-170.
- LORRIO, A. J. (2005). *Los Celtíberos (2ª edición ampliada y actualizada)*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 25. Complutum Extra 7. Madrid.
- LORRIO, A. J. (2007). El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio: Fortificaciones y paisaje fortificado de un espacio de frontera. En: BERROCAL-RANGEL, L. y MORET, P. (eds.). *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 28. Real Academia de la Historia – Casa de Velázquez. Madrid: 213-236.
- LORRIO, A. J. (2007b). Celtíberos y bastetanos en el oriente de la Meseta Sur: problemas de delimitación territorial. En: CARRASCO, G. (ed.). *Los Pueblos Prerromanos en Castilla – La Mancha*, Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca: 227-270.
- LORRIO, A. J. (2007c). Una fíbula simétrica del Museo Arqueológico Municipal de Lorca y las fíbulas lobunas celtibéricas. *Alberca*, 5: 53-66.
- LORRIO, A. J. (2011). El Castellar de Meca: anatomía de un oppidum ibérico. *Las raíces de Almansa. Desde los orígenes del poblamiento hasta el fin de la Edad Media*. XVI Jornadas de Estudio locales (Almansa, 17-21 de mayo de 2010). *Jornadas de Estudios Locales*, 9: 95-141.

- LORRIO, A. J., ALMAGRO-GORBEA, M. y MONEO, T. (1999). El sistema defensivo del poblado de El Molón. En: *XXIV Congreso Nacional de Arqueología. Cartagena 1997*. Vol. 3. Murcia: 307-316.
- LORRIO, A. J., ALMAGRO-GORBEA, M. y SÁNCHEZ DE PRADO, M. D. (2009). *El Molón (Camporrobles, Valencia)*. Oppidum prerromano y hisn islámico. Guía turística y arqueológica. Real Academia de la Historia. Camporrobles.
- LORRIO, A. J., SÁNCHEZ DE PRADO, M. D., MANYANÓS, A. y PEDRAZ, T. (2011). El foso y el sistema defensivo oriental del oppidum prerromano de El Molón (Camporrobles, Valencia). *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 21: 185-198.
- MARTÍNEZ, J. M. (1986). Una cajita con decoración incisa del cerro de San Cristóbal (Sinarcas -Valencia). *Saguntum*, 20: 103-116.
- MARTÍNEZ, J. M. (1990). Materiales de la Segunda Edad del Hierro en la Plana de Utiel. *Libro-Homenaje a Julián San Valero Aparisi*. Anales de la Academia de Cultura Valenciana (segunda época). Valencia: 76-106.
- MARZOLI, D., GONZÁLEZ, C., SUÁREZ, J., MIELKE, D. P., LÓPEZ, F., LEÓN, C., THIEMEYER, H. y TORRES, M. (2009). Vorbericht zu den deutsch-spanischen Ausgrabungen in der endbronzezeitlichen Siedlung von Los Castillejos de Alcorrín, Manilva (prov. Málaga) 2006 und 2007. *Madrider Mitteilungen*, 50: 118-148.
- MATA, C. (1991). *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)*. Origen y evolución de la Cultura Ibérica. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios, 88. Valencia.
- MATA, C. (2000). La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas de la costa mediterránea peninsular. En: *La Segunda Guerra Púnica en Iberia*. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica. Eivissa 1998. Ibiza: 27-49.
- MATA, C., FROCHOSO, R. e IRANZO, P. (2005). Las cerámicas ibéricas con decoración impresa e incisa del territorio de Kelin (Comarca de Requena-Utiel, Valencia). *Saguntum*, 37: 105-124.
- MATA, C., VIDAL, F. X., DUARTE, F. X., FERRER, M. A., GARIBO, J. y VALOR, J. P. (2001). Aproximació a l'organització del territori de Kelin. *Territori polític i territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrània Occidental*. Monografies d'Ullastret, 2: 309-326.
- MENA, P., VELASCO, F. y GRAS, R. (1988). La ciudad de Fosos de Bayona (Huete, Cuenca). Datos de las dos últimas campañas de excavación. En: *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Ciudad Real 1985*. Tomo IV. Ciudad Real: 183-190.
- MORATALLA, J. (2004). *Organización del territorio y modelos de poblamiento en la Contestania ibérica*. Vol. I. Tesis doctoral inédita. Universidad de Alicante.
- MORET, P. (1996). *Les Fortifications Ibériques de la Fin de l'Âge du Bronze à la Conquête Romaine*. Casa de Velázquez. Madrid.
- MORET, P. (2000). L'Architecture. En: BADIE, A., GAILLEDAT, É., MORET, P., ROUILLARD, P., SÁNCHEZ, M.^a J. y SILLIÈRES, P. *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*. Casa de Velázquez. París - Madrid: 97-132.
- MORET, P. (2001). Del buen uso de las murallas ibéricas. *Gladius*, XXI: 137-144.
- MORET, P. (2007). L'Enceinte. En: ROUILLARD, P., GAILLEDAT, E. y SALA, F. *Fouilles de La Rábita de Guardamar II. L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII^e-fin VI^e siècle av. J.-C.)*. Casa de Velázquez. Madrid: 126-140.
- MORET, P. y BADIE, A. (1998). Metrología y arquitectura modular en el puerto de La Picola (Santa Pola, Alicante) al final del siglo V a.C. *Archivo Español de Arqueología*, 71: 53-61.
- NIEMAYER, H.-G. (1985). El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función. *Aula Orientalis*, 3: 109-126.
- OLIVER, A. (1995). Material procedente del yacimiento ibérico del Cormulló dels Moros (Albocácer, Castellón). I. características generales y material ibérico. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16: 115-124.
- OLIVER, A. (coord.) (2006). *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura. Castelló de la Plana.
- PALOMARES, E. (1966). Hallazgos arqueológicos de Sinarcas y su comarca. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI: 231-248.
- PÉREZ BALLESTER, J. y BORREDA, R. (1998). El poblamiento ibérico del Valle del Canyoles. Avance sobre un proyecto de evolución del paisaje en la comarca de la Costera (Valencia). *Saguntum*, 31: 133-152.
- PRADOS, F. y BLÁNQUEZ, J. M. (2007). Las fortificaciones coloniales de la Península Ibérica: de los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos. En: BERROCAL-RANGEL, L. y MORET, P. (eds.). *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 28. Real Academia de la Historia - Casa de Velázquez. Madrid: 57-74.
- QUESADA, F. (1994). Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado. En: VAQUERIZO, D. (coord.). *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*. Ed. Universidad de Córdoba. Córdoba: 191-246.
- QUESADA, F. (2001). En torno al análisis táctico de las fortificaciones ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos. *Gladius*, XXI: 145-154.
- QUESADA, F. (2007). Asedio, sitio, asalto... Aspectos prácticos de la poliorcética en la Iberia prerromana. En: BERROCAL-RANGEL, L. y MORET, P. (eds.). *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 28. Real Academia de la Historia - Casa de Velázquez. Madrid: 75-98.
- RAMOS, A. (1975). *La ciudad romana de Ilici*. Diputación Provincial de Alicante. Alicante.

- RIPOLLÈS, P. P. (2001). Historia monetaria de la ciudad ibérica de Kelin. En: LORRIO, A. J. (ed.). *Los Iberos en la Comarca Requena-Utiel (Valencia)*. Anejo a la revista *Lucentum* 4. Alicante: 105-115.
- ROSAS, M. (1995). Ceràmiques gregues i campanianes de Sant Josep (la Vall d'Uixó, Castelló). *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16: 157-172.
- RUIZ MATA, D. (2001). Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). En: RUIZ MATA, D. y CELESTINO, S. (eds.). *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO – CSIC. Madrid: 261-274.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J. (1995). *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María.
- SALA, F. (2006). Les fortificacions a la Contestània: entre la representació social i la defensa del territori. En: OLIVER, A. (coord.). *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica*. Sociedad Castellonense de Cultura. Castelló de la Plana: 123-165.
- SANMARTÍ, E., CASTANYER, P. y TREMOLEDA, J. (1988). La secuencia histórico-topográfica de las murallas del sector meridional de *Emporion*. *Madrider Mitteilungen*, 29: 191-200.
- SIERRA, M. (2004). El yacimiento ibérico de Fuente de la Mota: los albores de una cultura en la Submeseta Sur de Cuenca. En: *Investigaciones arqueológicas en Castilla-La Mancha (1996-2002)*. Ed. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo: 105-116.
- SORIA, L. y DÍES, E. (1998). Análisis de un espacio de frontera: el noroeste de la Contestania en el s. IV. Primeras aproximaciones. En: ARANEGUI, C. (ed.). *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*. Saguntum, Extra 1: 425-435.
- ZUAZO, J. (1916). *Meca (contribución al estudio de las ciudades ibéricas) y Noticia de algunos descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Albacete)*. Madrid.